







15

MCD 2019































ESTUDIO  
SOBRE LA  
VAGANCIA Y LA MENDICIDAD VOLUNTARIAS.





117



7A-282

41.35.

ESTUDIO  
SOBRE LA  
VAGANCIA Y LA MENDICIDAD VOLUNTARIAS

POR EL  
SR. DON RAMÓN TAMARIZ Y EGUÍA

MEMORIA

Premiada con accessit por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas  
en el concurso ordinario de 1888.

LEMA  
"Siempre tendréis pobres  
en medio de vosotros."



MADRID  
TIPOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS  
Juan Bravo, 5.— Teléfono 2.198.  
1890

9-II-26



MCD 2019

Rg. 17176



Artículo 43 de los Estatutos de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

“En las obras que la Academia autorice ó publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones. El Cuerpo lo será únicamente de que las obras sean merecedoras de la luz pública. „



## TEMA

*“ Examen histórico, económico y jurídico de la vagancia y de la mendicidad voluntarias: en el que se indiquen sus diferencias características entre otras épocas y la actual: se determinen sus causas, sus efectos y sus remedios, en lo que concierne á la economía política; y se analice su naturaleza desde el punto de vista del derecho, para deducir si deben ser respetadas por la tolerancia de la autoridad, ó sometidas á la vigilancia de la policía ó á preceptos del Código penal..”*







---

Siempre tendréis pobres en me-  
de vosotros.

Al señalar con el lema que precede el trabajo que presentamos al concurso del presente año, y que ha de tener por objeto el examen de la vagancia y de la mendicidad bajo los aspectos que se indican en el tema primero, no pretendemos apartarnos de los conceptos que han de informar este estudio, dentro de los límites que le están señalados, sino que ante todo queremos poner de manifiesto la dificultad de conseguir, siquiera sea en teoría, un medio de dar fin á la vagancia y á la mendicidad que tanta relación tienen con la pobreza, á la que se refieren las palabras pronunciadas por Jesucristo, y que tenemos los cristianos por indiscutibles.

Sabemos que la vagancia y la mendicidad voluntaria no son las consecuencias ineludibles de la pobreza, pero como desgraciadamente ésta es en el mayor número de casos la que da origen á aquellas dos plagas, creemos necesario examinar la pobreza bajo sus distintas



formas como preliminar indispensable de la cuestión que se discute.

Las palabras *pobreza*, *indigencia* y *miseria* expresan, en nuestro sentir, grados distintos de la necesidad.

POBREZA. — Es el estado de aquellos que en la sociedad se hallan sometidos á mayores privaciones, y como éstas son siempre relativas, no es posible determinar de un modo general á quienes ha de aplicarse la calificación de *pobres*; puesto que las privaciones que para algunos parecen intolerables y que son las que motivan su aspiración, digámoslo así, á la categoría de pobres, constituirían en otros de menores pretensiones, ó de más reducidas necesidades, un bienestar que les elevaría, con respecto á otros más desgraciados, á la clase de ricos.

En las grandes poblaciones, por ejemplo, se consideran pobres aquellos que no pueden disfrutar regalos y lujos, diversiones y placeres, que con abundancia y ostentación se proporcionan los que pertenecen á clases más acomodadas, y sin embargo, esos pobres serían considerados como ricos en pueblos donde no existen esas diversiones, ni hay noticia de semejantes lujos.

El apólogo de los dos sabios que muestra al uno recogiendo para alimentarse las hierbas que el otro desechaba, es la expresión de esta verdad.

INDIGENCIA. — Esta palabra implica, en nuestro sentir, la idea de una privación mayor que la que representa la pobreza, porque supone la privación de las cosas necesarias para la vida.

En cuanto á la *miseria*, sólo la distingue de la indigencia su permanencia. Podría llamarse, en nuestro entender, á la *miseria* indigencia permanente, y es el último grado de la necesidad, porque al rigor de las privaciones añade su duración.

Estas definiciones nos llevan á la de otra palabra



que hemos de usar en el curso de este estudio, y cuyo sentido nos parece necesario precisar. Esa palabra es la de *pauperismo*. Con ella designaremos aquella situación en la que los individuos de determinadas clases carecen de un modo permanente de las cosas necesarias á su alimento, á su abrigo y á su aseo, y que además produce por su continuidad, y por otras causas que habremos de examinar, una decadencia ó decaimiento en las costumbres *físicas y morales* de dichos individuos.

Aunque estas definiciones no son las que señala el Diccionario de la Lengua, creemos poderlas indicar como aceptables para los fines de este estudio.

Siempre ha tenido el hombre el instinto de la conservación y ha procurado luchar contra lo que ponía en peligro su existencia, y siendo así que la miseria ha sido y es una de las causas que más contribuyen á su destrucción, de aquí que instintivamente ponga cuantos medios estén á su alcance para evitarla.

Según su mayor ó menor estado de civilización, según la religión que ha profesado, climas que ha habitado y costumbres que ha tenido, ha tratado de proveer á su subsistencia del medio más apropiado á estas circunstancias, dedicándose, en unas partes, al cultivo de la tierra para sacar de ella directamente su alimento, en otras, al pastoreo, ó sea á la cría de animales cuyas carnes constituían su base de nutrición, utilizando además sus leches y sirviendo sus pieles para su abrigo.

En los sitios en que por la proximidad al mar ó á los ríos hallaba peces que comer, se dedicaba á la pesca, y el comercio y la industria que nacieron de sus relaciones con los demás hombres completaron, andando el tiempo, el sistema de su subsistencia.

Mientras la vida fué sencilla, la población escasa y la producción de la tierra muy suficiente para dar



abasto á la alimentación del hombre, ni se conoció la pobreza, ni menos la indigencia y la miseria, pudiendo aquella época primitiva ser considerada, bajo este aspecto, como la verdadera Edad de oro de la humanidad. Pero tal estado de cosas no se prolongó, desgraciadamente, por mucho tiempo; las pasiones de los hombres por una parte, el aumento de población por otra, y las dificultades que hubo de producir la escasez de productos, en los sitios donde se acrecentaba con rapidez la especie humana, vinieron á alterar tan feliz situación. Las discordias surgieron entre los hombres, y tan grande llegó á ser su perversidad que hubieron de ser destruídos por el diluvio universal, de que sólo se libró, por haber recibido aviso de Dios, el único justo que quedaba en el mundo: Noé.

La raza que engendró este justo pronto vino á renovar los vicios de sus antepasados destruídos por el diluvio; las querellas y las discordias, á las cuales no era extraño ciertamente el deseo de unos de que otros trabajasen para proporcionarles el alimento, engendraron guerras entre los hombres, y roto el equilibrio, los vencedores imponían sus condiciones á los vencidos, ó los destruían.

Cuando en los tiempos de barbarie se exterminaba á los vencidos, el problema no se resolvía nunca bajo el punto de vista de vivir unos á expensas de los otros, porque una vez destruídos ó consumidos los bienes de los vencidos, no quedando éstos para reproducirlos, tenían necesariamente que volver, dentro de un período más ó menos lejano, á suscitarse cuestiones entre los vencedores, y esto se hubiera perpetuado indefinidamente, si una institución odiosa por todos conceptos, pero que en la antigüedad pudo considerarse como un progreso, no hubiera venido á modificar esencialmente las condiciones de los pueblos. Nos referimos á la



esclavitud. Esta institución, que por una parte venía á suavizar la costumbre feroz que entre los pueblos salvajes existía, de matar á los vencidos, también imposibilitaba por otra parte el *pauperismo*.

El esclavo, entregado á la voluntad de su amo, recibía de él el alimento, el vestido, la habitación, y no tenía por lo tanto que precaverse contra el hambre ni contra las consecuencias de la imprevisión. ¿Cómo hubiera podido existir el *pauperismo* cuando el hombre era la *cosa* de su semejante? Los animales domésticos no se hallan expuestos á que les falte el alimento; el amo cuida de suministrárselo para conservarlos y sacar de ellos producto, y en idéntica condición se hallaban los esclavos con respecto á sus amos, los cuales, inspirándose en un sentimiento de interés personal, cuidaban de proveer á su sostenimiento.

Cuando á algún hombre libre llegaba á faltarle el alimento, encontraba alguno de sus semejantes que se lo daba en precio de su libertad.

No es este el lugar ni la ocasión de poner de manifiesto todos los inconvenientes de la esclavitud. La civilización ha hecho ya justicia de esa institución como contraria en absoluto á la dignidad del hombre y á los derechos de que se halla revestido por su naturaleza; y por lo tanto debemos prescindir de entrar en consideraciones acerca de este punto. Basta á nuestro propósito consignar, como ya lo hemos hecho, que vino á realizar un progreso con respecto á otra época de mayor barbarie, y que no era posible con ella el *pauperismo*.

Si el *pauperismo*, por lo menos tal como le hemos definido, no existió en la antigüedad, veremos, por lejos que nos remontemos, que no sucedió lo mismo con la ociosidad, que ha sido de todos tiempos, y que siendo ésta la causa principal de la miseria, ha dado en seguida



origen á la *mendicidad*, que es su corolario ó consecuencia. En el antiguo Egipto, la *mendicidad* no se permitía bajo ningún concepto, y la pena capital amenazaba al individuo que vivía por medios contrarios á la moral. El Estado se encargaba de proporcionar trabajo á todos los individuos válidos que no lo tuvieran, y establecía con ese objeto inmensos talleres públicos, donde recogía y daba ocupación á cuantos á ellos acudían. Según Plinio, á trabajos de esta naturaleza fueron debidas las Pirámides, cuyos restos son todavía hoy el asombro de los viajeros que las visitan.

Difícil es determinar si este medio de administrar y de entender el derecho los egipcios puede sostenerse bajo el punto de vista de la razón y de la moral. El concepto del Estado que tenía aquella nación fué precisamente lo que contribuyó á su decadencia y completa desaparición. Poner en una mano la Suprema Autoridad, hacer á todos los individuos los más abyectos servidores de sus Reyes, á quienes consideraban como hijos ó descendientes de la divinidad y á quienes sacrificaban, después de muertos, víctimas humanas en holocausto, no era ciertamente, bajo el punto de vista del progreso, el medio más eficaz de realizar grandes adelantos; y esas mismas Pirámides que sobreviven á la destrucción de aquel pueblo no indican sino la ignorancia de sus gobernantes, que, pudiendo dedicar aquella fuerza y aquella actividad concentradas en esos grandes talleres, á objetos ó fines de utilidad, las empleaban en construir monumentos que sirvieran de cubiertas para las sepulturas de sus Reyes.

Examinando las instituciones de los hebreos, no se encuentra entre ellas precepto alguno que imponga castigos corporales contra la mendicidad voluntaria, la cual pudo ser menor que en otros pueblos, por las



siguientes circunstancias. En un pueblo cuya miseria excesiva fué el estímulo que le empujó á conquistar su libertad, hubo de ser el reparto por igual de las riquezas el objeto preferente de sus aspiraciones, y todas las tendencias de sus legisladores hubieron de dirigirse á darle satisfacción en este punto. El sistema adoptado para ello no pudo ser más admirable. La tierra fué considerada como propiedad de Dios, y se repartió por igual entre los hijos del pueblo de su adopción, decidiendo la suerte la parte que había de corresponder á cada tribu y á cada familia. A fin de que no se alterase, se estableció que cada cincuenta años, por el jubileo, volviese á la posesión de su herencia la familia que hubiese sido privada de ella (Exodo, cap. XXV), y además se fijó como principio que cada siete años se declarase libre al deudor, libre al hebreo caído en esclavitud y libre el suelo; estableciéndose la gran limosna setenal, que consistía en dejar cada siete años á favor de los deudores, de los esclavos y de cuantos padecían hambre y sed, todos los frutos de la tierra.

En Grecia se hallaba proclamada la necesidad del trabajo; penas severísimas se imponían á las gentes ociosas y sin ocupación, y llegaba la severidad de las leyes hasta imponer la pena capital á los que no sabían por medio de su trabajo ó su industria proporcionarse el alimento, y se dedicaban á la vagancia. Más tarde, cuando las costumbres se suavizaron, sólo fueron condenados á la infamia; pero debe tenerse presente que, fuera de la acción de las leyes, la constitución de las sociedades antiguas, combinada con la esclavitud y la hospitalidad, se oponía al desarrollo de la *mendicidad*.

A pesar de que estas instituciones también existían en Roma, allí es donde, en tiempos del Imperio, vemos nacer la mendicidad y extenderse como una verdadera



lepra por toda Italia. Las distribuciones de víveres, hechas por los magistrados en tiempos de escasez, no bastaban á extinguirla, y pronto, dada la depravación de costumbres que ostentó el pueblo romano y que fué la causa de su decadencia, se convirtió en objeto de especulación.

Hombres infames mutilaban á desgraciados niños á quienes enviaban á pedir limosna á las plazas y pueblos, y no obstante las medidas que la autoridad tomaba para evitar tales delitos, una vez iniciado el mal, siguió y se propagó de una manera cada vez más creciente.

El Cristianismo vino luego con su influencia bienhechora á crear sentimientos de caridad y de fraternidad que variaron el concepto que hasta entonces se había tenido de los pobres, dando á éstos, por decirlo así, una preponderancia sobre las demás clases. El desprendimiento de los bienes terrenales, que aconseja la doctrina cristiana, fué motivo de que muchos ricos, convertidos á la religión de Cristo, vendieran sus bienes y los repartieran entre los necesitados. El modelo de perfección, propuesto por el Salvador en el texto que, á pesar de lo poco aficionados que somos á estas citas, debemos reproducir: *Si vis perfectum esse, vade, vende omnia quae habes et da pauperibus*, fué lo que contribuyó á que esto sucediera; y ciertamente que si la malicia de los hombres no hubiese venido á explotar este admirable consejo de moral y de caridad, la mendicidad no hubiera tenido motivos para aumentar, puesto que, satisfechos los pobres con las donaciones de sus hermanos más afortunados, hubieran remediado sus necesidades, y de este modo hubieran ido extinguiéndose los mendigos hasta desaparecer por completo. Pero no transcurrió mucho tiempo sin que la codicia, la pereza y otras viles pasiones vinieran á explotar esta virtud



de la caridad, dando nacimiento á la execrable industria de la miseria simulada.

Valentiniano fué el primero de los Emperadores que trató de corregir tamaño abuso, prohibiendo expresamente á los válidos, ó sea á los que no tuvieran algún defecto ó enfermedad que les inhabilitara para el trabajo, dedicarse á la mendicidad; y á los que no se sometían á este precepto les imponía la pena de pérdida de su libertad.

El Código de Justiniano también trató de oponerse á la explotación de la caridad, condenando á los mendigos válidos á ser empleados por los contratistas de obras públicas en los trabajos que ejecutaban, y á los que se negaban á trabajar se les castigaba con la proscripción ó destierro.

La Iglesia, por su parte, proscribía la mendicidad ociosa, ayudando con sus disposiciones al cumplimiento de la ley civil.

De lo expuesto se deduce que en la antigüedad el pauperismo no existió como un hecho general y perenne, pero que sí se dieron frecuentes casos de mendicidad organizada, que merecieron la sanción de los legisladores en leyes penales adecuadas á las costumbres de los tiempos en que se promulgaron.

Siguiendo el examen de esta cuestión en los tiempos posteriores á la caída del Imperio romano, notaremos que en el año 570 el segundo Concilio de Tours formuló el mandamiento, á la vez religioso y social, del socorro que había de darse á los necesitados y de la prohibición de la *mendicidad*, en estos términos: “ que cada ciudad, con arreglo á sus recursos, mantenga á sus pobres y á sus enfermos, y que el gasto se reparta entre los vecinos y el clero, á fin de que los pobres ya no vaguen. „

Carlomagno prohibió dar alimento á los mendigos válidos que se negasen á trabajar, y los Emperadores



griegos los concedían como esclavos á los que los detuvieran.

Durante la Edad Media, la libertad dada á los siervos, las guerras constantes, las hambres y las epidemias dieron á la *mendicidad* un desarrollo espantoso que no bastaron á contener las medidas más rigurosas.

El número de mendigos llegó á ser tan considerable, que en Francia, con el objeto de vigilarlos con mayor facilidad, fué preciso abrirles asilos donde se les tenía apartados. Así fué como se formaron aquellos patios de los milagros (*cours des miracles*), especies de sentinas donde hasta la misma justicia temía aventurarse.

Los mendigos se organizaban en Corporaciones distintas, del mismo modo que los cuerpos del Estado celebraban sus Congresos generales y elegían á sus reyes. Esa organización oculta de la holganza y de la rapiña era un peligro constante para la sociedad.

Los caminos se hallaban cubiertos de mendigos, que no reparaban en violentar á los transeuntes que no les daban la limosna que solicitaban, surgiendo á cada momento batallas y luchas en las cuales, dado el número de los mendigos y su organización, que les hacía auxiliarse en contra de los demás, conseguían casi siempre la ventaja los malhechores.

San Luis, de cuya ardiente caridad no puede dudarse, mandó en sus Establecimientos que se detuviera á todo holgazán ó vago que, sin poseer nada ni ganarse el alimento, frecuentase las tabernas; que se le interrogase acerca de sus medios de subsistencia, y que en caso de que no los pudiera ó quisiera decir, ó de que diciéndolos, se le cogiera en mentira y se le probase su mala vida, se le echase de la ciudad.

Por lo que á España toca, vemos que Don Fernando IV, en las Cortes de Burgos de 1308, fué el primero que dictó providencias contra los hombres baldíos ú



ociosos, á quienes desterró de la Corte: *è si despues i tornar* (dice) *que el mio alguacil lo eche dende á azotes*. Aquí principió la serie de ordenamientos relativos á la mendicidad y á la vagancia, que dieron origen á una reñida controversia entre los teólogos y los jurisconsultos del siglo XVI (Colmeiro. *Examen de los cuadernos de Cortes*).

El Rey Don Pedro de Castilla, siguiendo luego la marcha iniciada, publicó en las Cortes de Valladolid de 1351 el primer ordenamiento contra la vagancia. Andaban por la Corte y por las ciudades, villas y lugares de sus reinos: “muchos omes baldíos que son sanos (dice la petición) é podrían servir é non quieren, é por non afanar, dejan algunos menesteres que saben por do podrían bevir, é porque non pueden escusar de comer, pónense á furtar é á robar ó á facer muchos males andando baldíos.” El Rey dió por respuesta: “que non anden omes baldíos en la mi Corte, nin en los otros lugares de mi sennorio que non ayan sennores, é que usen todos de sus mesteres é de sus oficios los que los supieren, é los que non oviesen mesteres nin supieren oficios, que labren á jornales en qualesquier llabores.”

Don Juan I, en las Cortes de Burgos de 1379, volvió á ordenar que no anduviesen hombres ni mujeres vagando ni pidiendo limosna, sino que los Alcaldes de los pueblos apremiasen á los que pudiesen trabajar para que se ocupasen en las labores del campo ó aprendiesen oficio ó viviesen con señores y no estuviesen baldíos.

El mismo Don Juan I, en las Cortes de Bribiesca de 1387, que pueden contarse entre las más principales que celebró, dictó providencias contra los vagamundos y holgazanes, “los cuales (dijo) non tan solamente viven del sudor de otros sin lo trabajar é merescer, mas aun dan mal esiempro á los otros que les ven facer aquella vida, por lo qual dejan de trabajar é tórnanse á la vida dellos é por ende non se pueden fallar labradores,



é fincan muchas heredades por labrar é viénense á hermar., La sanción penal era curiosa y nueva. Cualquiera podía tomar por su autoridad á los *vagamundos* y holgazanes y servirse de ellos un mes “sin soldada, salvo que les den comer é beber.,

A pesar de estas disposiciones y de que Don Juan II, en las Cortes generales de Madrid de 1419, mandó guardar y ejecutar las leyes acerca de los rufianes y *vagamundos* sin señor que alborotaban los pueblos con sus riñas y muertes, no temiendo á la justicia y burlándose de los Alcaldes, ya porque algunas personas poderosas los defendían y les daban favor, ya porque pensaban y decían que *de derecho no podían proceder contra ellos*, eran tan frecuentes, en tiempos de los Reyes Católicos, los robos por los caminos, á causa de hallarse éstos poblados de malhechores y vagamundos, que en las Cortes de Madrigal de 1476, á petición de los Procuradores, se aprobaron las Ordenanzas de la Santa Hermandad, que tenían por objeto dar fuerza y organización á una institución dedicada á perseguir á los delincuentes.

En las Cortes de Valladolid de 1523 se renovó una petición formulada ya en las de 1518, para que no anduviesen pobres por el Reino, sino que cada uno pidiese en el lugar de su naturaleza, “porque de lo contrario viene mucho daño y se da causa que haya muchos vagabundos y holgazanes.,

Mientras las Cortes de Toledo de 1525 discurrían medios de reformar los hospitales y reprimir la licencia de pedir limosna, el famoso Juan Luis Vivés escribía en Brujas su *Tratado del socorro de los pobres*, obra que publicó por vez primera en latín en 1526, y cuya lectura inspiró á Carlos V la serie de disposiciones que adoptó durante su reinado, con el objeto de reprimir la mendicidad voluntaria, ó sea la vagancia que se disfrazaba con capa de pobreza.



Carlos de Gante, nacido y criado en medio de un pueblo laborioso, tomó con calor la represión de la mendicidad voluntaria sin ofensa de los verdaderos y legítimos pobres. No menos de seis Ordenanzas acerca de la policía de los mendigos se publicaron durante su reinado. La caridad discreta era el voto unánime de los Procuradores de Cortes; los moralistas estaban divididos y se sostenía una reñida controversia entre Fr. Domingo de Soto, que defendía la libertad de pedir limosna, y Fr. Juan de Medina, que deseaba limitarla. (*Deliberación en la causa de los pobres*, por Fr. Domingo de Soto. — *La Caridad discreta*, por Fr. Juan de Medina.) Uno de los puntos más controvertidos fué si era justo obligar al pobre á salir del lugar de su residencia. Soto lo negaba, “porque el destierro es pena, y aunque la expulsión no lo sea formalmente, todavía es ir contra la libertad natural de ir cada uno por donde le agrada.”

Medina lo concedía, “porque en privar á los hombres de su natural libertad no se les hace agravio, pues el mendigo pide para el necesario sustento, y si se lo proporcionan sin solicitarlo, mendiga mintiendo y con vicio, lo cual es una especie de hurto.”

Los Procuradores fallaron el pleito dando la razón á Medina contra Soto, y así vemos que las disposiciones que se adoptaron por entonces tienden á desterrar de la ciudad donde estuviesen á los que ejerciesen la vagancia y practicasen la mendicidad.

La necesidad de llevar á efecto estas disposiciones hizo que suplicasen los Procuradores que en cada ciudad y villa hubiese una persona diputada á cuyo cargo corriese “buscar á los pobres en que entiendan, poniendo á unos á oficios, á otros dándoles en qué trabajar así en obras como en otras cosas conforme á su disposición..... porque allende que ellos son mal inclinados á trabajar, tienen muy buena excusa con decir que nadie los



querrá llevar, y el pobre que no quisiere entender en lo que ansi le fuere mandado, le echen de tal ciudad ó villa donde estuviese, porque es obra de misericordia y cristiandad y de buena gobernación.,, (*Petición remitida al Consejo para que proveyese y mandase ejecutar lo que en ello se debe facer.*)

La institución de un Magistrado municipal que ejerciese la policía de los mendigos, ó un padre de los pobres (nombre que le dieron algunos escritores públicos) fué conocida en Aragón antes del año 1547. — Tal vez data de la fundación del Hospital de Huérfanos de la ciudad de Zaragoza en 1543. Este ejemplo es el origen probable de la referida petición.

Pero ¿á qué prolongar un examen histórico que no sirve sino para demostrar que en todos tiempos han existido la vagancia y la mendicidad, y que los sistemas represivos empleados por los gobernantes para extinguirlas han sido ineficaces, cuando de este hecho están convencidos cuantos se ocupan de la cuestión, y hoy se plantea el problema, en el tema que nos ocupa, para tratar de darle solución?

Prescindiremos, pues, de mayores ampliaciones en la cuestión histórica, limitándonos á consignar que si hasta aquí no hemos hablado de instituciones importantes de que hubiéramos podido hacer mención en el curso de este pequeño examen retrospectivo de la vagancia y de la mendicidad durante la época antigua y la Edad Media, como, por ejemplo, el establecimiento de las Órdenes mendicantes, que ha sido por unos censurado y por otros aplaudido, no es porque conceptuemos que esto haya sido indiferente para la cuestión que nos ocupa, sino porque nos reservamos hablar de ello en otro lugar.

Hechas estas salvedades, pasaremos á hablar del *pauperismo*.



Ya hemos dicho al principiar esta Memoria que el pauperismo es aquella situación en la que los individuos de determinadas clases carecen, de un modo permanente, de las cosas necesarias á su alimento, á su abrigo y á su aseo, y que por su continuidad produce un decaimiento en las costumbres físicas y morales.

Siempre ha habido pobres, siempre ha habido épocas de extrema indigencia; pero ese estado nunca fué permanente. Las crisis alimenticias terminaban cuando cosechas abundantes devolvían la perdida riqueza, cuando cesaban las guerras ó cualesquiera otras causas que las hubieran producido. Este término previsto de la miseria la hacía menos terrible y la impedía convertirse al estado de pauperismo, que ahora atemoriza á los economistas y á los hombres de Estado. Entonces no venía á constituir una situación hereditaria para ciertas clases de individuos; los individuos de varias familias no se hallaban inscritos de padres á hijos en las listas de socorros públicos. Mas otra cosa sucede bajo la influencia del pauperismo: el mal se propaga en la descendencia, obrando como la lepra, secuestrando por millares obreros válidos y sacándoles de una sociedad honrada, laboriosa y acomodada, para echarlos á la de los holgazanes y vagos que viven de la crápula, que tienen sus costumbres especiales, que viven en inmundos lupanares, y que piden su alimento á la conmiseración pública.

En Inglaterra fué donde hizo el pauperismo su primera aparición, á consecuencia de la reforma protestante y de los adelantos industriales; pero no limitó allí sus estragos, pues se propagó por toda Europa, especialmente en las ciudades donde se han desarrollado en gran escala las manufacturas industriales. Como los vicios se engendran y propagan con rapidez en las aglomeraciones numerosas, la indigencia á que



dan origen, ó de que son causa, pronto se ha ostentado en ellas con la escolta horrenda de su crápula, de sus sufrimientos, de su embrutecimiento y de sus amenazas contra la sociedad.

¿Cuáles serán las consecuencias del pauperismo si no se le llega á extirpar? Difícil sería hoy decirlo. Los escritores, lejos de estar de acuerdo acerca de la gravedad y de la extensión de esta plaga, difieren esencialmente en sus opiniones. Unos, como Villeneuve-Bargemont, creen que ha de poner en peligro á la moderna sociedad; otros, como Gerando, le dan proporciones menos alarmantes, y no le conceden tanta importancia. Oigamos antes al primero de estos autores:

“ Mientras la pobreza se muestra aislada, circunscrita y pasajera, fácil es explicarla y también remediarla; fácilmente se encuentra en la misma naturaleza del hombre, en la inferioridad relativa de sus fuerzas físicas y de su inteligencia, en la necesaria desigualdad de las condiciones sociales, en la poca afición al trabajo, y sobre todo en los males inherentes á la especie humana, la razón de estas disonancias, que chocan con la armonía social sin que por eso la destruyan; también se comprende que pocos esfuerzos han de bastar para reparar esas imperfecciones del orden social.

„ Pero si la indigencia, bajo el nombre nuevo y tristemente enérgico de *pauperismo*, invade á clases enteras de la población; si tiende á aumentar progresivamente, en relación precisamente con el aumento de la producción industrial, si no es ya un accidente, sino la condición obligada de una gran parte de los individuos de la sociedad; entonces no puede menos de reconocerse que tales síntomas de sufrimiento generalizado denotan que un vicio profundo ha surgido



en el estado de la constitución social, y que éste es el indicio próximo de las más graves y funestas perturbaciones.

„ Y es el caso que esta nueva situación se presenta en estos mismos momentos á nuestra vista. El desarrollo de la indigencia extremada en el seno de las poblaciones más numerosas y de los Estados más adelantados en las vías de la industria y de la civilización moderna, y la agitación que atormenta á las clases obreras son hechos que ya no es posible negar. Y si constituyen la llaga más peligrosa de la gran familia europea, son asimismo los fenómenos más notables de la época actual, porque su aparición data desde la era de los progresos que la filosofía, la política y la economía pública se alaban de haber conseguido en provecho de la civilización. Sólo hace un cuarto de siglo que se había principiado á sospechar su existencia; hoy el pauperismo muestra al descubierto sus colosales y odiosas proporciones. Por eso el orden social, por largo tiempo mantenido en Europa dentro de una especie de equilibrio entre los diversos elementos de la población, parece hallarse en vísperas de una conmoción general. Por todas partes siniestras advertencias indican que estamos abocados al momento de una transición violenta, resultado ineludible de una situación extremada. La lucha ya se ha entablado en varios puntos del globo entre la parte de la sociedad que posee las riquezas y aquella que sólo vive con su trabajo. Este antagonismo, tan antiguo como la misma sociedad, siempre vivo, pero que habían comprimido las instituciones, suavizado la religión y las costumbres, y apaciguado la caridad, no había estallado durante largos siglos, sino á raros y cortos intervalos. Hoy, completamente revelado por grandes revoluciones políticas, se robustece con la anarquía que reina en las



doctrinas morales, filosóficas y económicas. La miseria de las clases obreras ha llegado á ser la cuestión de la época actual; cuestión inmensa, no hay que dudarlo; pero asimismo candente, aun cuando los Gobiernos parezcan dudosos de abordarla por completo., (Villeneuve-Bargemont, *Economie chrétienne*, t. I, *Introduction*.)

Gerando, el segundo de los autores que hemos citado, no participa de esos excesivos temores. Conforme en eso con la mayoría de los economistas, y sin desconocer la gravedad del mal, no considera á la sociedad en peligro.

“Un grito de alarma, dice, ha resonado en Europa, donde ha infundido un terror universal, señalando la invasión de una plaga que amenazaría á la prosperidad social, á la paz del mundo, y hasta á la misma civilización; habiéndose llegado á inventar una nueva denominación para designar ese nuevo peligro. Por todas partes se ha temido ver llegar una nube de indigentes; ya algunas personas han creído verla asomar y se ha supuesto que su extensión no tendría límites. Este peligro se ha admitido como permanente, aun cuando para ello se careciese de pruebas; y desde ese momento cada uno ha procurado descubrir sus causas ó indicar sus remedios. Sin embargo, este espanto, por general que sea, ¿qué hechos lo justifican? El único ejemplo que se cita, el que siempre se presenta, es el de Inglaterra, ó, hablando con más propiedad, el impuesto á favor de los pobres establecido en Inglaterra, y que se confunde con la miseria, de la cual se le considera como símbolo. No se advierte que el aumento del impuesto no es debido á la progresión del número real de los necesitados, sino que por los errores cometidos, desde mediados del siglo último, en la aplicación de las leyes inglesas acerca de los pobres, el impuesto ha llegado á ser, para muchos de los que de él se aprove-



chan, un aumento en sus salarios, en vez de constituir un socorro para los necesitados. Si no puede justificarse por ningún dato positivo el supuesto aumento del pauperismo, pueden darse pruebas ciertas que denotan, por el contrario, una tendencia opuesta en los países bien administrados. Así el número de los indigentes inscritos para los socorros públicos ha disminuido en París cerca de un 50 por 100 en cuarenta y siete años, aun cuando la población de esa gran ciudad se haya casi duplicado en el mismo período; y sin embargo, todas las causas á las cuales se atribuye el aumento progresivo de la plaga conspiran juntamente en la capital de Francia. La mendicidad ha desaparecido enteramente en varios Estados y se halla muy disminuída en algunos otros. Los mismos pobres están, por lo general, mejor vestidos y mejor alimentados. Pero lo que establece del modo más evidente una reducción progresiva y general en Europa de la cantidad de miseria, es la baja progresiva y general de la mortandad y el aumento de la vida media. He aquí una demostración que se apoya en hechos reconocidos, cuyos resultados se hallan fuera de toda controversia, y que denotan una mejora considerable en la suerte de las clases más numerosas. Si Inglaterra particularmente es el país donde la mortandad ha disminuído del modo más sensible, no es esta nación la que puede suministrar el ejemplo que se ha creído ver en ella y que es el único que, según apariencias engañadoras, puede hacer constar la extensión de la miseria. ¡Amigos de la humanidad, no desconfiéis! La sociedad humana no camina hacia ese abismo de males con que se la ha amenazado por un instante. Los temores que aquejan á algunos ánimos no son otra cosa que un terror pánico., (De Gerando, *De la Beneficencia pública*, t. I, pág. 337.)



Admitamos con Mr. Gerando que los temores concebidos por los discípulos de la escuela filantrópica sean exagerados, que el cataclismo que han predicho deba relegarse á la categoría de mero espantajo, de sueño creado por imaginaciones perturbadas; no dejará por eso de ser evidente que la calamidad del pauperismo existe, y que es necesario conocer sus causas para combatirlas.

Es de todo punto indudable que cuantas causas producen la miseria pueden contribuir á engendrar el pauperismo, ó pueden servir para mantenerlo y extenderlo. Pero la enumeración de las diversas fuentes de que procede la indigencia no añadiría á este estudio nada que tuviera bastante interés para que nos fuera lícito apartarnos del tema, y como al tratar del pauperismo nuestro objeto es sólo llamar la atención acerca del estado en que viven ciertas categorías de individuos que prefieren implorar la caridad para proveer á su subsistencia á vencer su repugnancia hacia el trabajo, no hablaremos en este lugar de la esterilidad de la tierra, de las guerras, de las suspensiones obligadas de trabajo, de las epidemias, de la rebaja de los salarios, de las leyes mal hechas y de otras varias causas que pudieran aquí mencionarse, porque esas no son causas permanentes, no llevan consigo la degradación del obrero ni le arrebatan el sentimiento de su dignidad personal.

No es dudoso que pueden estas circunstancias ofrecerle la ocasión para entrar en una vía funesta en que acaso permanezca, una vez experimentada; pero una enfermedad, un revés de fortuna, pudieran producir los mismos resultados, y por lo tanto aquí sólo sentaremos como causas especiales del pauperismo la falta de cumplimiento de las leyes, cuya suma constituye la moral, y la ausencia de las prácticas y de los principios que establece la religión cristiana.



Cuando los obreros no reciben, por falta de asistencia á los templos, las instrucciones que han de darles los Sacerdotes de la religión, ya no saben los deberes que Dios manda; no piensan en la gravedad de sus vicios, ni en las promesas y amenazas de la vida futura, y apartados de los altares, concluyen por olvidarse de sus obligaciones, reduciéndose sus pensamientos todos á querer gozar del presente. Así, ¿qué sucede? se consideran como acampados en medio de un pueblo enemigo, cuyos despojos excitan su codicia y que piensan ó procuran conquistar con provecho.

A eso podrá objetarse acaso que la historia no confirma la necesidad de una religión para precaver la existencia y las consecuencias del pauperismo. Esa plaga nunca se ha presentado entre los pueblos de la antigüedad, aun cuando se hallaban sujetos al culto más absurdo, y á pesar de que su moral desconocía varios de los deberes más sagrados, y puesto que su aparición es moderna, no puede tener por causa el olvido de los principios religiosos ni menos la inobservancia de las leyes evangélicas, siendo preciso buscar su causa por otro lado. Quizás ocurra con esta enfermedad moral lo mismo que con la epidemia del cólera: es nueva y requiere una ciencia nueva para su curación.

Ya hemos consignado que el pauperismo no existía en la antigüedad, porque no era compatible su existencia con la esclavitud, y por lo tanto ninguna relación guardaba su no existencia con el amor al trabajo ni con la práctica de las virtudes morales. Hoy las cosas pasan de distinta manera; cada uno queda dueño de sí mismo; pero al conservar cada cual su independencia natural, se viene á someter á las consecuencias que trae consigo esta situación. El obrero es libre en su trabajo, como el amo lo es en sus pedidos. El primero, que no tiene limitación alguna para escoger su profesión



y para fijar el precio del trabajo que se le encomienda, sufre las consecuencias de una situación que le honra, pero cuya responsabilidad es igual á su importancia. No se le puede obligar á que escoja una profesión, con preferencia á otra, ni á que acepte el salario que se le ofrece, ni á llevar á cabo cualquier trabajo, ni á hacer economías para los días en que falte el trabajo ó se presente la enfermedad y para la época de la vejez; pero asimismo, si es holgazán é imprevisor, ha de serlo bajo su responsabilidad exclusiva.

El pauperismo se halla, pues, apegado lo mismo que un parásito al costado de nuestras sociedades purgadas de la esclavitud. Nacido de la emancipación de los pueblos, permanece en estado latente cuando se halla comprimido por la influencia del cristianismo; pero se desarrolla con furor tan pronto como los vicios dejan de estar contenidos por la religión. Es, como si dijéramos, el producto de la libertad del trabajo; lo cual no quiere decir que sea esto motivo para echar de menos la horrible institución de la esclavitud. Del mismo modo que no renunciarnos á nuestras libertades políticas, que son una dependencia á la vez que una salvaguardia de la dignidad humana, asimismo mantenemos la libertad de las personas y del trabajo, aun cuando se convierta para algunos en causa de pereza, de imprevisión y de degradación.

El pauperismo no ha sido sólo objeto de un análisis estéril; los hombres de Estado, los economistas, los filántropos han trabajado para extirparlo. ¿Han hallado el verdadero remedio? Eso es lo que vamos á examinar.

De los varios medios que han señalado para ello se deduce que concuerdan los de una escuela en la aplicación de los preventivos, ó sean los que han de evitarlo, y los otros en la de los represivos que han



de emplearse para corregirlo. Haremos una breve reseña de estos sistemas.

*Remedios preventivos.* — Nada más sabio y sensato que evitar el mal para no tenerlo que curar ó castigar. La máxima en que se inspira esta conducta, sanamente comprendida, es de la más elevada moralidad. Y su aplicación no debe limitarse á lo que concierne á la educación de los niños sino que también debe dirigir el gobierno de los pueblos. Aplicada al pauperismo, tiende á arrebatar categorías enteras de individuos de las garras de la indigencia y de la degradación moral. No es, por lo tanto, lícito dejar de aplaudir cuando se pone en práctica, puesto que es un elemento de virtud, y que tiene por efecto evitar muchas angustias y padecimientos á familias numerosas, contribuyendo á un tiempo á la prosperidad pública.

Mas ¿cuáles son esos medios que se han indicado como propios para evitar el pauperismo? Consisten principalmente en las Cajas de ahorro, en las de retiros para la vejez, en las Sociedades de socorros mutuos, en escuelas, Sociedades benéficas y Patronatos de diversas clases.

Ciertamente, son estas instituciones de gran importancia, ya porque enseñan al obrero á no despilfarrar sus ganancias á medida que las recibe, ya porque le aseguran remedios y médicos en tiempos de enfermedades y le proporcionan recursos con que vivir en tiempos de falta ó escasez de trabajo; ya porque ejercen una influencia saludable sobre las costumbres, mediante una instrucción bien dirigida y dada por maestros á quienes hacen sus virtudes recomendables. Merecen, por lo tanto, ser vivamente encomiadas, y cuantos las establezcan prestarán un servicio grande y llenarán una misión útil.

Pero, si tienen esos varios sistemas un valor incon-



testable, sería prestarles mayor eficacia en cuanto á sus efectos, si se creyera que son bastantes para herir al pauperismo en sus raíces.

Su aplicación puede hasta cierto punto impedir algunos casos de miseria, pero no puede neutralizar los gérmenes viciosos que engendra la degradación moral, y no ofrece estímulo bastante poderoso para causar impresión al conjunto de las clases dedicadas á trabajos mecánicos. Son sobre todo esos medios incapaces para dar expansión al proletario, y para curar al indigente degenerado por la crápula. No olvidemos que el pauperismo no es sólo el estado de la extrema miseria; se halla escoltado con la pereza y el decaimiento moral; su desgracia y su peligro consisten menos en la pobreza que en la degradación. Por lo tanto, las Cajas de previsión y las de los socorros varios que hemos mencionado son instituciones de mediano efecto sobre esas categorías de hombres cuyo carácter distintivo es la imprevisión.

*Sistema represivo.* — Se entiende por sistema represivo aquel que pretende destruir y precaver el pauperismo mediante penalidades y prohibiciones mandadas ó autorizadas por la ley. No sólo se ha sometido el pauperismo á la acción de los Tribunales, sino que la mendicidad sencilla ha sufrido todos los rigores de la acción penal. Ya hemos visto, en la relación que hicimos anteriormente, los medios que contra ésta se han utilizado, ó ensayado cuando menos; la prisión, la reclusión en casas de trabajo, la argolla, el destierro y hasta las galeras, sin que se haya llegado á extirparlo.

Muchas de estas penalidades han desaparecido bajo la influencia de ideas más humanas; pero aun son harto numerosas las que subsisten en varios Estados de Europa, y contra ellas se levanta enérgicamente la voz de la religión y del buen sentido.



“ En Inspruck, dice M. Naville, se exige, bajo las penas más severas, á los pobres que piden socorros, que declaren si no reciben otros ó si no pueden esperar recibir algunos por otra parte. En Copenhague se obliga á los asistidos á que envíen á sus niños á escuelas especiales, llamadas escuelas de los pobres. En Manheim se quita toda asistencia á los padres que no envían con regularidad á sus hijos á las escuelas de industria, y hasta se habla de castigarlos más severamente.

„ En Argovia también se castiga mediante la supresión de la asistencia á los padres cuyos hijos no frecuentan la escuela. En Donau-Eschingen si un mendigo es hallado pidiendo limosna durante el curso de la semana, el sábado se priva á su familia de los socorros acostumbrados. En Appenzell, en Berna, en Argovia, en Unterwald-Ridwald, se rebuscan las circunstancias que pudieran aportar al pobre la posesión de algún bien para quitarle lo que se le hubiera dado, y se llega al extremo de reclamarlo después de muerto á sus herederos. En varias parroquias de ese mismo distrito de Appenzell se publican en la iglesia los nombres de los socorridos. En Friburgo se publican en las posadas y se leen en la Asamblea general del barrio. En Argovia se leen cada tres meses en el pequeño Consejo. En varias villas del condado de Lancáster se imprimen y publican anualmente. En Liverpool se publican por las calles por medio de carteles, y en Michinampton se publican por las tabernas.

„ Al lado del nombre del socorrido se pone en algunas parroquias de Appenzell y en las villas del condado de Lancáster el importe de la cantidad que ha recibido. En Trieste, en los cantones de Underwald y de Turgovia se denigra á los pobres imponiéndoles vestidos particulares ó señales distintivas en sus



prendas. En estos últimos cantones, así como en los de Berna y de Friburgo, se les prohíbe entrar en las tabernas. En Unterwald se llega hasta prohibirles los juegos y el baile, hasta hacerles llevar á la iglesia bajo inspección. En varias partes de Alemania y de Suiza se les pone bajo tutela, se hace administrar sus bienes por agentes municipales y no se les permite casarse sino mediante autorización de los magistrados ó de los administradores de los pobres y previo reembolso de la asistencia que han recibido. En Baviera se les prohíbe estar fuera del sitio de su domicilio, sino mediante un permiso especial que no debe concedérseles á no ser por razones de gran importancia, y se les castiga severamente si llegan á infringir esta regla de disciplina. En Berna, en el ducado de Nassau, se castiga con una prisión severísima ó con la imposición de trabajos forzados y denigrantes á aquellos que se muestran poco respetuosos ó insubordinados con los que les atienden. En Inglaterra se hace de ellos burla, sometiéndolos á trabajos inútiles ó ridículos. Unas veces se les mezclan legumbres de varias clases y se les impone el trabajo de separarlas; otras veces se les obliga á transportar dos veces al día piedras de cierta dimensión á tres millas de distancia y á volverlas al mismo sitio.

„ Aquí se les obliga á empedrar, desempedrar y volver á empedrar sin cesar un mismo patio; ahí á cavar, rellenar y volver á cavar un mismo foso.

„ En Friburgo (Suiza) los pobres que no trabajan son condenados á prisión por cuarenta y ocho horas y sostenidos sólo con pan y agua durante ese tiempo, sin que pueda admitírseles el pretexto de que no hayan encontrado trabajo. En caso de reincidencia, su encarcelamiento se aumenta progresivamente hasta seis meses.



„ En esos procedimientos odiosos, la caridad legal no hace distinción alguna entre las personas; es á la pobreza, no á la mala conducta, á la que castiga y marca con el sello de la ignominia. No se entera de las causas de la miseria. Aquel á quien un accidente imprevisto obliga á solicitar un socorro momentáneo es tratado lo mismo que el hombre holgazán y desalmado, que queda sin el menor reparo á costa del público; aquel á quien una pobreza honrosa obliga á reclamar la asistencia no es diferenciado en lo más mínimo del borracho y del derrochador. „ (*De la caridad legal*, t. I, página 104.)

Con el temor de que el matrimonio de los proletarios aumente el número de las personas asistidas, la ley se ha esmerado en dificultarlo, si no imposibilitarlo. Algunas veces, dice el autor ya citado, “ exige no sólo que los esposos hayan reembolsado los socorros que han podido recibir, sino también que no hayan sido socorridos en un período cuya duración varía según los países, siendo en Schwitz de cuatro años, y de doce en Unterwald - Obwalden..... Se han buscado además otros medios para dificultar los casamientos de los indigentes. En Friburgo, en Berna, en San Gall, en el Unterwald, los esposos deben entregar cierta cantidad en la caja de los pobres. En Friburgo (de Brisgraw), en Francfort deben probar que reúnen medios suficientes de subsistencia. En Donau-Eschingen y en la Turgovia se exige que posean 300 florines (646,50 pesetas).

„ Estas trabas, puestas al matrimonio de las personas poco afortunadas, tienen bajo el punto de vista de la moral pública una influencia desastrosa.

„ En Friburgo (Brisgraw) se ven familias que cuentan tres generaciones sin casamiento, casas donde viven reunidos varios hijos que tienen la misma



madre y cada uno un padre distinto. En Fürth, en Erlangen, en Schwabach, los hijos naturales igualan en número á los hijos legítimos. Los obreros, los jornaleros, satisfechos con ahorrarse los gastos de boda, viven en un concubinato vergonzoso con mujeres á las cuales echan tan pronto como se cansan de ellas. Al marcharse, esas desgraciadas dejan á la localidad tandas de hijos, que no tienen la protección de ningún pariente, ninguna probabilidad, ni siquiera esperanza de herencia. Hay jurisdicciones que cuentan hasta mil quinientas de esas uniones clandestinas. Así se forma una raza audaz que se encuentra habitualmente reducida á conquistarse su existencia con el crimen, y que amenaza con la opresión y la ruina á las demás clases de la sociedad. En algunas partes de Suiza, la misma causa produce y multiplica los infanticidios.

„ La ley ha procurado algunas veces poner remedio á esos desórdenes imponiendo penas severas á los padres y á las madres de los hijos naturales, y algunas veces oprimiendo y maltratando á esos mismos hijos. Pero fácil es comprender que esos rigores no conducen sino á un cambio de males y á odiosas injusticias.

„ Las personas cuya precaria situación puede hacer temer que se encuentren algún día en la indigencia no son las únicas á quienes la inquieta previsión de la caridad legal envuelve en la red de sus vejaciones y de sus influencias inmorales; la extiende además sobre individuos que, por su posición, se hallan colocados fuera de su esfera. En Schwitz se prohíbe el matrimonio no sólo á las personas que durante el curso de los cuatro últimos años han recibido alguna asistencia, sino también á aquellas cuyos padre, madre, hermanos ó hermanas se encuentran en ese caso. En Friburgo, basta



pertenecer á una familia que reciba socorros, para ser llevado á la cárcel si se está ocioso. El tabernero que vende vino á un *prebendario* es allí condenado á una multa de 24 l. s. (35,55 pesetas). Se han tomado en distintas épocas en el cantón de Appenzell medidas de igual género. Hay en Inglaterra parroquias donde los posaderos son responsables de las listas de pobres, que tienen estampadas en sus cocinas, y hasta se les castiga si las dejan estropear. A veces se ha llegado hasta crear el espionaje y la delación para asegurar mejor la ejecución de esos odiosos rigores. En Michinampton, en el condado de Gloucester, cualquier persona que ve á un pobre que no trabaja ó que bebe en un sitio público debe avisar á las autoridades, y el inspector debe acusar al tabernero que le da alojamiento. „

Todos esos rigores legislativos han sido impotentes; no sólo no han destruído la miseria culpable y que se ostenta á la vista, pero ni siquiera han limitado su desarrollo. Son por lo tanto incapaces, con mayor razón, de extinguir el pauperismo, que añade á la pobreza más indigente la degradación moral y física.

*Sistema subvencional.*—También se ha propuesto como medio adecuado para destruir el pauperismo la concesión de subvenciones al trabajo y á la economía. En vez de emplear la espada de la justicia para castigar la pereza y la mala conducta de los indigentes, se concederían primas á aquellos que se mostrasen asiduos al trabajo, y se aumentarían con suplementos caritativos las cantidades que depositasen en las Cajas de previsión. Mediante esos socorros inteligentes, se haría más que cortar el vuelo á los vicios que son la causa habitual del empobrecimiento: se les sustituirían hábitos de virtud.

Ese sistema seduce á primera vista; y si no es más que un sueño, es cuando menos el de un gran corazón.



Alejar á los hombres del vicio, de la miseria, del estado de crápula, estimulándolos al bien, mejor que imponer castigos á su pereza y á su depravación, sería sin duda alguna una obra moral y digna de los mayores elogios. Mas ¿puede esto realizarse? Esas subvenciones, ¿no producirían otros efectos contrarios á la justicia y á la común prosperidad?

No discutamos las ventajas que esto pudiera tener en algunos casos excepcionales. La caridad privada puede poner útilmente en práctica esas especies de estímulos con ciertas familias conocidas. Se ha visto muchas veces un trabajador, casi desanimado por la insuficiencia de sus salarios, recobrar su energía cuando una persona caritativa le ha ofrecido contribuir al pago de su casa, añadir un quinto ó un tercio á todas las cantidades que deposite en la Caja de socorros mutuos ó de retiros para la vejez. Varias compañías industriales conceden primas de esas clases á los obreros que trabajan á sus órdenes, y los resultados que consiguen son altamente satisfactorios. Algún empleado de cualquiera de esas empresas que no se cuidaría de depositar en la Caja de previsión una suma módica por considerar de muy escasa importancia el producto de sus economías para servirle de auxilio en la vejez, se determinará á realizar un aumento de trabajo ó á ahorrar algo de su sueldo si ve que las cantidades que coloca en esa forma, en unión con las que recibe como socorro, mejoran notablemente su posición. Las empresas y los contratistas que estimulan así á sus dependientes y obreros merecen toda clase de alabanzas y deben ser propuestos como modelo á los jefes que se encuentren en igual situación.

Pero ese sistema, excelente cuando se aplica con inteligencia y cuando cada patrón y cada persona deseosa de emplearlo puede apartar los peligros que



envuelve y regularizar sus movimientos, sería injusto y se hallaría rodeado de peligros si viniera á adoptarlo el Gobierno.

En primer término, no olvidemos que las cantidades puestas á disposición del Estado son quitadas á los contribuyentes, y que se componen de las cuotas impuestas no sólo á los ricos, sino también á los hombres de trabajo. Sucedería por lo tanto con ese sistema, que los obreros, legalmente reconocidos como pobres, se hallarían socorridos á costa de aquellos que no obtuvieran socorro alguno. Los menos trabajadores y los menos dispuestos al ahorro ejercerían así una especie de saca sobre los salarios de los más activos y de los más previsores.

Ese sistema sería desfavorable á los buenos obreros bajo otro punto de vista: cambiaría con perjuicio suyo las condiciones de la competencia; pues como á pesar de servir la misma cantidad de trabajo, los obreros no asistidos recibirían menos que los subvencionados, no podrían luchar contra ellos. Percibiendo estos últimos, además del precio de su trabajo, un suplemento de retribución mediante primas legales, tendrían la facultad de ofrecer sus servicios á precio más barato. De ahí resultaría una baja general en los precios de los salarios, de que tendrían que padecer los trabajadores no socorridos, y cuyo efecto seguro sería conducirlos á la indigencia. De ese modo la caridad legal, después de haber gravado con el impuesto establecido en favor de los pobres á los artesanos y cultivadores ordenados y laboriosos, acabaría por desanimarlos y por echarlos al cabo entre el número de los necesitados.

Se ha visto por esta pequeña indicación ó reseña la insuficiencia de los sistemas económicos para destruir el pauperismo. La ciencia económica que tiene por misión revelar las leyes que presiden á la formación y



á la destrucción de la riqueza, pronta á criticar los medios empleados por los Gobiernos, no sabe indicar los que conviene emplear para libertarnos de ese mal. Se encuentra respecto á la curación de esta llaga en la misma situación que la Medicina con respecto á la peste ó al cólera: no ha descubierto preservativo alguno; y cuando la epidemia se presenta, sólo cuenta para combatirla con remedios ineficaces.

Los socialistas han señalado á las masas esa situación de los pobres tan degradante como dolorosa. Arguyendo de la existencia del mal y de la impotencia confesada en que se encuentran los economistas y los Gobiernos para hacerla desaparecer, solicitan la refundición de la sociedad. Piden la facultad de ensayar tratamientos de nuevo género sobre el enfermo, para cuya curación la ciencia y la legislación se declaran faltas de recursos.

Esta petición sería acaso legítima si fuera un hecho inconcuso que la organización actual de la propiedad conduce fatalmente á la miseria y á la degradación de los obreros, y que ya no existen medios que emplear contra esos males. Pero afortunadamente todavía no estamos en ese caso. La impotencia de algunos sofistas no debe servir de argumento contra una sociedad que se halle organizada y regida con arreglo á los principios del Evangelio.

Jesucristo, con los dogmas que ha enseñado, y mediante la moral que ha prescrito, ha provisto á todas las necesidades de los pueblos. Al proclamar la ley del trabajo, del respeto á la propiedad, de la moderación en los deseos, de la caridad con nuestros hermanos; al asegurar en el cielo, á la virtud, una recompensa infinita, y sobre la tierra una prosperidad temporal, como añadidura, ha echado los cimientos de una felicidad tal cual la requiere nuestra naturaleza y como le es dado



al hombre realizar. A la religión de que es autor es á la que corresponde dar la vida á las naciones y curarlas de los vicios que las empobrecen. Ella reanima el valor de los indigentes, ella los moraliza mezclando las liberalidades con palabras de cariño y con exhortaciones á la virtud, que les trae á una vida honrada y laboriosa. No, no es cierto que nuestra sociedad moderna se encuentre atacada de una enfermedad incurable, y que, semejantes á esos desgraciados, roídos por el cáncer, estemos condenados á perecer pronto. La industria, el comercio, la agricultura, no perecerán ahogados por el pauperismo, como el gusano de seda, lleno de un hilo precioso, parece víctima del mal que lo consume. El cristianismo, que es el promotor de la civilización, posee los medios de perpetuarla y extenderla. Sus mandamientos, que prescriben el trabajo y el ahorro, que promulgan el deber de la caridad sin confundirlo con el derecho de exigirla; sus creencias, que amenazan con el castigo eterno á los hombres perezosos é injustos, que prometen el cielo á la resignación activa, son los verdaderos estímulos de la riqueza y ofrecen una sanción eficaz para mantener el respeto á las leyes y para asegurar la prosperidad pública.

Estas consideraciones, apuntadas más que á prisa, y sin el método y la facilidad con que otros sabrán presentarlas, nos mueven á hablar de uno de los medios más poderosos que existen para combatir la miseria y el pauperismo, y que consiste en la limosna.

Ninguna disposición legal obliga á los hombres á ser caritativos; pero los sentimientos de humanidad que inspira la naturaleza, los principios de la religión cristiana, una política sensata, aconsejan que se trate de aliviar los sufrimientos de la miseria, que los pobres sean considerados como hermanos, á quienes hay que socorrer en la gran familia humana, y que se garantice



á la sociedad contra los peligros á que pudieran exponerla los que no cuentan con el pan indispensable para su alimento.

Los que han condenado la limosna por considerarla nociva á los mismos pobres, bajo el pretexto de que entretiene la pereza y la imprevisión; los que la han dado el apodo de pecado brillante, no se han impuesto de las causas múltiples que la hacen necesaria; han supuesto que á la indigencia sólo la engendran los vicios, cuando tantas veces tiene por causa sucesos imprevistos é inevitables. Aquí la produce la aspereza del suelo, lluvias demasiado abundantes, ó la extremada sequía; ahí los destrozos de la guerra, los incendios, las inundaciones. El abandono, las enfermedades, la locura, los malos cálculos, vienen á unirse á las causas anteriores, y también los pleitos injustos, las leyes hechas con poca inteligencia, los impuestos excesivos, las trabas que tiene que sufrir el comercio, las crisis comerciales, los abusos de confianza y otras muchas causas cuya enumeración sería hartó prolija.

Sería, pues, injusto abandonar á los pobres á las ansias del hambre, á pretexto de que su situación reconoce con frecuencia por causas la holganza, la inmoralidad y la dilapidación de los salarios. Habría cuando menos necesidad de proceder á una separación entre ellos, y no sería procedente excluir de las distribuciones á aquellos que no merecieran por su mala conducta ser considerados como indignos de participar de tales socorros. Pero esto no le basta al rico que tiene sentimientos de humanidad y que se halla penetrado de la virtud de la caridad. Perdona al perezoso y al imprevisor tan pronto como los ve arrepentidos y dispuestos á practicar la ley del trabajo y de una prudente economía.

A esto se objetará, sin duda alguna, que semejante



indulgencia es contraria á la responsabilidad de que cada cual debe sentir las consecuencias. ¿No es necesario que los preceptos de la moral tengan la sanción precisa para asegurar su ejecución? ¿Puede suponerse que la Suprema Sabiduría, cuya mano rige la prosperidad de las familias lo mismo que la de los gobernantes, no haya querido que cada uno sea premiado ó castigado con arreglo á sus méritos? Queden, pues, para la virtud, el orden y el trabajo, la honra, el salario, el pan y el bienestar, mientras que para el vicio, para la mala conducta, para la pereza, sean sus consecuencias la desconsideración y la miseria. Por lo demás, los resultados se hallan confirmados por la experiencia. Si es casual que el hombre laborioso y económico se vea reducido á mendigar su alimento, no lo es menos que se conserve la fortuna en el seno de la ociosidad y de la imprevisión. Cada cual se halla sometido á la responsabilidad de sus actos, de los que recoge las ventajas, según sean conformes ó contrarios á las leyes morales que los rigen.

Este principio de la responsabilidad lo reconocen cuantos escritores se han ocupado del asunto, y no hemos de ser nosotros los que tratemos de impugnarlo cuando lo vemos ensalzado en los libros sagrados, y cuando el mismo San Pablo no se limita á pronosticar los males que esperan á los hombres ociosos, sino que dice que hay que rehusarles el alimento. Admitimos, pues, la necesidad de evitar abusos en las distribuciones caritativas. Convenimos en que no han de favorecer la holganza ni la dilapidación de los salarios, y reconocemos la influencia saludable de la responsabilidad individual. Mas si nos hallamos conformes en este punto con los demás autores á que hacemos referencia, acerca de las ventajas de esta responsabilidad, no podemos estarlo respecto al conjunto de las consecuencias



y de los deberes que debe llevar consigo. No basta fijarse en esa responsabilidad cuando se trata de castigar la ociosidad, la mala conducta, la imprevisión, sino que es preciso extender su aplicación á todas las obligaciones del hombre y especialmente á aquella que manda á los ricos socorrer á los desgraciados.

Las consecuencias de la vida perezosa ó disipada no pueden extenderse, sin embargo, hasta el extremo de consignar la irremisibilidad de la falta cometida. Enhorabuena que sufran el obrero de mala conducta y el comerciante falto de actividad los tristes resultados de su culpa. Pero el castigo que padecen no puede ser pretexto para que se trate de quitarles en absoluto todo medio de vivir, y sobre todo no puede servir de fundamento para que se aumenten, hasta el infinito, los inconvenientes que ha de encontrar el desgraciado que se halla en esas circunstancias, para conmover á sus semejantes á que le socorran. Además, este sistema, aplicado en absoluto á todos los desvalidos, daría por resultado que se dejase morir de hambre y de miseria á pobres muy dignos de compasión y de interés.

Se ha tratado de combatir la limosna, se ha dicho que perjudica á los mismos pobres, porque al prolongarles la vida se aumenta su miseria; pero la humanidad ha prescindido de estos sofismas y ha continuado socorriendo al desvalido. A fines del siglo pasado y á principios del presente floreció un escritor célebre que promulgó una teoría referente á la población, y con arreglo á la cual sería lícito dejar morir de hambre ó de frío hasta á los mismos niños recién nacidos que no tienen padres ó parientes que los recojan. Esa teoría conocida con el nombre de su autor Malthus, viene á sentar el siguiente principio: "Un hombre que nace en este mundo, ya ocupado, si no puede ya alimentarlo su familia, ó si no puede ya utilizar su trabajo



la sociedad, no tiene el menor derecho á reclamar cantidad alguna de alimento, y se halla verdaderamente de más en la tierra..... En el gran festín de la naturaleza no hay cubierto puesto para él..... La naturaleza le manda que se vaya, y no tarda en ejecutar ella misma su orden., El horror que causan estas palabras obligó á su autor á suprimirlas en la segunda edición de su *Tratado sobre la población*. No necesitamos, pues, esforzarnos en combatirlas.

La caridad existe y debe existir, y por más razones que se quieran oponer á su ejercicio, no se encontrará ninguna que baste á convencer á las almas generosas, que tienen que renunciar á practicarla; y como una de las manifestaciones de la caridad es la limosna, de aquí que la limosna sea necesaria y no pueda suprimirse.

Pero no queremos decir con esto que sea la limosna el único medio de socorrer á los necesitados. Es más: algunas veces ese modo de ayudarles presentaría graves inconvenientes bajo el punto de vista moral y económico, porque los entretendría en la pereza, en la imprevisión y en la dilapidación de sus salarios. A aquellos que sólo carecen de trabajo, de herramientas, de algún anticipo, sólo habrá que darles trabajo, los útiles necesarios para su profesión ó prestarles alguna pequeña cantidad. Los donativos absolutos deben reservarse para aquellos que no tengan medios de pagar á sus favorecedores. Si las riquezas se aumentaran en proporción con las necesidades, no sería necesario distribuir las con tal miramiento; pero no sucede desgraciadamente así; se hallan muy limitadas y el número de pobres es considerable: es, pues, necesario reservarlas para los más desgraciados.

Por lo demás, proporcionar ocupación á los trabajadores, hacerles algún anticipo para que compren herramientas, prestar alguna suma al mercader ambulante,



es ejercer con ellos una obra de caridad, pero no hacerles una limosna: se les presta un servicio que á veces resulta oneroso, pero no se les socorre como á los indigentes.

Manteniendo el verdadero sentido de la limosna, no pretendemos sentar aquí que sea denigrante recibirla. La palabra que la designa no expresa sino el hecho de una liberalidad de que se aprovechan los necesitados; en el sentido cristiano supone que el bienhechor da los socorros por un sentimiento de amor al prójimo, ó por cualquier otro motivo inspirado en la fe. El hombre caritativo del Evangelio se halla poseído de un verdadero afecto hacia los desgraciados; evita herir su susceptibilidad dándoles sin ostentación y hasta con misterio, cuando graves motivos no se lo impiden.

El que se encuentra socorrido de ese modo no puede considerarse rebajado en su condición, á no ser que haya llegado á ella ó permanezca en ella por culpa suya. Si su desgracia es inmerecida, no sufre por ella mayor rebajamiento que el que pudiera causarle la enfermedad ó la vejez. La religión ha comprendido perfectamente la diferencia que existe entre el buen pobre y el que debe su indigencia á su mala conducta: tiene palabras severas para este último, como ya hemos visto anteriormente; pero coloca bajo el amparo de su caridad y hace sagrado al indigente á quien reveses inevitables han confiado á su ternura.

Sin embargo, aun cuando la miseria cuya causa no es culpable, no tenga nada deshonroso, y aunque por el contrario, sea digna del respeto que los nobles corazones profesan á los desvalidos, no podemos criticar el uso que hay establecido de colocar á los que atañe, un tanto por bajo de los trabajadores que viven de sus salarios ó de sus ahorros. Esa especie de inferioridad, que no es sin embargo un rebajamiento, produce



efectos útiles; el temor de exponerse á ella puede, en muchos casos, evitar la pereza y el descuido, y estimular al trabajo y á la economía.

Esa cuestión de la limosna y de la caridad nos lleva á tratar aquí de otra que ha ocupado mucho la atención de los publicistas y que entra perfectamente en este tema: me refiero al derecho á la asistencia.

Hemos procurado demostrar que tenemos el deber de socorrer á nuestro prójimo, y ahora nos toca inquirir de qué principios deriva esta obligación. Los socialistas la hacen derivar de la justicia propiamente dicha. Pretenden que los pobres tienen el derecho real de ser asistidos por sus semejantes. No se limitan á recordar que la caridad prescribe el socorro; con arreglo á su sistema, no es sino el saldo de una deuda; no constituye un donativo, sino que es el pago de un crédito.

Antes de combatir esta doctrina, que basta indicar para que se comprenda que es subversiva de todo orden social, debemos recordar la diferencia esencial que existe entre la justicia y la caridad. Al señalar los caracteres propios á estas dos virtudes, que son la fuente de varios de nuestros deberes más importantes, habremos preparado una solución fácil á la cuestión que nos ocupa.

Cada virtud tiene su naturaleza propia, sus diferencias específicas; sin embargo, aun cuando sea distinta por su principio, su objeto, su sanción inmediata, no deja de coordinarse con las demás. Como todas tienden al bien, al orden, á la armonía universal del mundo moral y religioso, funcionan sin perjudicarse, llegan á su objeto sin confundirse. Teniendo cada una de ellas su esfera particular, describe sus movimientos, sin tropezarse con otras virtudes. Existe en el dominio de los deberes infinidad de sistemas morales que, á semejanza de los que rigen el mundo planetario, obran



unos sobre otros sin chocarse, y producen finalmente el magnífico espectáculo de los movimientos diversos que encantan la vista y deslumbran la inteligencia. He aquí por qué la bondad no destruye la firmeza, por qué la economía puede conciliarse con un lujo legítimo. Y he aquí también por qué armonizándose la justicia con la caridad, el pobre tiene obligación de respetar la propiedad del rico, sin que éste deje de hallarse obligado á socorrer al primero.

Mas ¿cuál es la naturaleza de la justicia y de la caridad? ¿Cuáles son sus caracteres específicos? He aquí en pocas palabras la contestación á esas dos preguntas:

La justicia es una virtud que nos obliga á devolver al prójimo lo que se le debe, lo que le pertenece por derecho riguroso. La caridad, por el contrario, es una virtud benéfica puramente; su ejercicio, lejos de hallarse prescrito por un derecho que asista al prójimo, supone la ausencia de tal derecho. El que paga una deuda, el magistrado que pronuncia una sentencia equitativa, cumplen actos de justicia; el acreedor y el cliente tienen derecho á exigirlos. Pero si un médico afamado da una consulta gratuita, es libremente generoso; nadie podía imponerle semejante servicio, no venía á pagar una deuda, sino que hace una obra de pura caridad. Puede que su conciencia le mande dar sin retribución ciertos consejos de su profesión, pero ningún enfermo puede obligarle á que cumpla ese deber.

Así sucede, por lo general, con todos nuestros deberes puramente morales; no están comprendidos en el derecho propiamente dicho y todos están fuera de la coacción legal.

Entre los que pertenecen á esta clase citaré la gratitud, la modestia, el desprendimiento, el cuidado de sus propios negocios. La obligación de cumplirlos es incontestable, pero el tribunal llamado á juzgarla sólo



tiene su asiento en la conciencia, y por lo tanto su infracción no puede promover acción alguna ante los magistrados civiles.

Para determinar si es la justicia ó sólo la caridad la que resulta lesionada por la comisión de un acto prohibido ó por la omisión de uno preceptuado, la norma segura será estudiar las reparaciones que se exigen á consecuencia de esa violación. Si hay que pagar una deuda, restituir alguna cosa, reparar algún daño, es prueba de que algún derecho estricto ha sido infringido; pero si después de haber faltado á un deber, cualquiera que sea su naturaleza, no hay que pagar ninguna deuda, ni hay que hacer restitución alguna, ni que compensar ningún daño, puede tenerse por cierto que el acto de que se trata no corresponde á lo que aquí entendemos por justicia.

Supongamos, para poner más de relieve esta distinción, que una persona sea depositaria de una alhaja, que haya pedido prestada una cantidad, que haya prendido fuego á la huerta de su vecino; no quedará libre de la obligación contraída mientras no haya devuelto la alhaja, pagado la deuda, indemnizado el daño causado por el incendio; y aun cuando la persona deudora fuera la única que tuviera conocimiento de la deuda, ésta no dejaría de ser sagrada y de obligarla á la restitución.

Por lo demás, poco importa que el acreedor sea rico ó pobre; la justicia le protege en todos los casos. Pero si la obligación se halla subordinada á las circunstancias, si depende de la condición de aquellos en cuyo provecho existe, entonces no tiene su origen en la justicia propiamente hablando.

Supongamos que un hombre desgraciado se halla reducido á mendigar su alimento: el que le rehusa la limosna por dureza será, sin duda alguna, culpable. Pero



si otra persona le socorre ó si viene á mejor fortuna, la obligación de socorrerle ha cesado para aquel que no le asistió, el cual no viene obligado á ninguna restitución, y esto no pasaría como se ve, si en vez de tratarse de un acto de caridad se tratase de una infracción contra la justicia. Venimos obligados por la ley religiosa, que es hermana en todos casos de la natural, á socorrer al prójimo; pero cada uno es dueño ante sus semejantes de fijar la cantidad de sus limosnas y de escoger los pobres á quienes quiere socorrer. Aquí el rico sólo depende de su fuero interno, no tiene que dar cuentas ni á los indigentes, ni á los jueces, que además ignoran de qué recursos dispone y qué miserias alivia en secreto.

Con estas premisas es fácil comprender por qué no hay que incluir la asistencia á los pobres entre las obras que prescribe la virtud de la justicia. El rico, al practicarla, no paga una deuda, no restituye una cosa que no le pertenezca, ni repara un daño de que sea la causa real, eficaz, culpable. El pan que da á los pobres es su propiedad; al cedérselo, hace un acto de pura liberalidad. El principio á que obedece no es el que manda devolver al prójimo lo que le pertenece, sino aquel que prescribe tener compasión con nuestros semejantes.

Si se le obligase á dar limosna, no sólo se violaría su propiedad, sino que se atacaría además á su libertad individual. En efecto, admitiéndose que los pobres tuvieran derecho á exigir que los ricos separasen de sus rentas las cantidades necesarias para socorrerlos, ¿por qué no habría de admitirse también que una vez agotados sus recursos hubieran de trabajar á su favor? Pues ¿qué son los capitales y las riquezas más que salarios y provechos acumulados? Luego, desde el momento en que se autorice al indigente á apoderarse de esos productos recogidos por el ahorro, ¿qué razón hay



para no autorizarle á obligar á los hombres válidos á proporcionarle otros nuevos? Desde el momento en que queda proclamado el derecho á la asistencia, es preciso que se cumpla, utilizando para ello los bienes ya adquiridos ó los que hay posibilidad de adquirir. Así como el que ha contraído una deuda tiene obligación de pagarla con los fondos que posee, ó de trabajar para poder saldarla con el producto de su trabajo, del mismo modo se vería precisado, dado caso de que la justicia le obligase á socorrer á los desgraciados, á auxiliarlos con sus bienes disponibles, ó á falta de éstos, á ponerse á trabajar para cumplir esta obligación. Este sistema nos traería por lo tanto á un estado de servidumbre á favor de los indigentes.

¿Y sobre qué base sentaría el pobre sus pretensiones? No hay duda de que no tiene la copropiedad de los bienes de que reclama una parte: esos bienes no han sido ni el producto de su trabajo, ni le han correspondido en una herencia, ni tampoco los ha adquirido mediante algún contrato gratuito ú oneroso. ¿A qué origen racional hará remontar el derecho que invoca? ¿De qué medio se valdrá para ejercerlo? ¿Por qué se dirigirá á uno más bien que á otro para ser socorrido? ¿A qué límite reducirá la cantidad que pida? ¿Cómo justificará la verdad de sus asertos respecto á su miseria y á la imposibilidad en que dice se encuentra de proveer á sus necesidades?

En el fondo no tiene más título para la asistencia que el de sus necesidades. Sufre, la humanidad manda que se le alivie; pero sus necesidades no constituyen un crédito contra los propietarios; pues de otro modo resultaría que cuantas mayores fuesen sus necesidades, más extensos serían sus derechos.

Pero, añaden, el pobre tiene el derecho de vivir. No es dudoso; pero no tiene por eso el derecho de ser



alimentado, vestido, curado en sus enfermedades. En cuanto no se atenta á su vida, ni á su salud, ni á sus medios de existencia, ni á su libertad para proporcionarse los medios de proveer á sus necesidades, la justicia no se viola con respecto á él. Si existe otro deber de socorrerle, ese deber no tiene su origen en la justicia, sino únicamente en la caridad. También tiene el obrero joven derecho á viajar para completar sus estudios, y, sin embargo, no se admite que pueda exigir que se le paguen sus gastos de viaje. El enfermo también tiene derecho á curar, y no obstante nadie cree hallarse obligado á enviarle á tomar las aguas de Panticosa ó de otro establecimiento balneario para que recupere la salud. Todos tenemos derecho á instruirnos, á adquirir una propiedad, á adornar nuestras casas; pero de esto no se deduce que tengan nuestros conciudadanos obligación de proporcionarnos libros, pagar nuestras adquisiciones de terrenos y alhajar nuestras habitaciones.

Considérese además á qué conduciría el derecho á la asistencia si fuese exigido por los pobres. El mismo propietario, y acaso el mejor y el más bondadoso, se vería constantemente requerido por todos los indigentes de la comarca en que viviera para que les ayudara. Y no pára aquí esto: sería necesario, para sostener eficazmente á los pobres en sus derechos, fijar el importe de sus créditos, decir, porejemplo, cuáles serán sus alimentos, qué número de habitaciones tendrán sus casas, qué telas servirán para vestirlos, si habrán de llevar zapatos ó alpargatas, si comerán carne ó sólo legumbres, de qué modo habrán de ser calentados y alumbrados. Ahí no pararía el cúmulo de las imposibilidades prácticas: habría que vigilar todavía qué destino se daba por los indigentes á las liberalidades que recogiesen, á fin de que no las malgastasen en cosas inútiles ó inmorales.



Así, por lo que hace al rico, sería necesario para poderle imponer una cuota equitativa, conocer exactamente sus recursos, sus gastos y hasta sus liberalidades más recónditas. Por lo que afecta á los pobres, habría que reconocer que sus necesidades eran reales y que no tenían medios de bastarse con su trabajo: y con respecto á los donativos habría que fijar el importe de los que fueran indispensables á cada pobre y tomar medidas eficaces para que fuesen empleados con provecho. Prescindiendo del relato del sinnúmero de dificultades que por todas partes se amontonan, las que hemos apuntado bastan para demostrar con cuántos obstáculos insuperables habría de tropezar en la práctica ese sistema tan peligroso como injusto en teoría.

Queda sentado que los indigentes no pueden ejercer recurso alguno contra los ricos para que éstos los mantengan; pero ya que no tengan ese derecho contra los particulares, ¿lo tendrán acaso contra el Estado?

Examinaremos la cuestión bajo este último punto de vista.

Es un error bastante generalizado creer que el Estado debe suplir á los individuos, ser el inspirador y el director de cuanto interese á la prosperidad material, á la enseñanza, á la beneficencia; pero por una contradicción extraña, por todas partes se levantan quejas contra la excesiva centralización administrativa, contra la multitud de los funcionarios, á quienes se llama parásitos, y contra la enormidad de los presupuestos. Al Estado hay quien se lo representa como una fuente que mana el oro, la prosperidad y la abundancia, y sabemos, por desgracia, que no hay nada de esto en sus manifestaciones.

Convertir al Estado en una providencia universal encargada de pensar por nosotros, de obrar en sustitución nuestra, de darnos el trabajo, el alimento, y



socorros para todas las desgracias, es un error á la vez que un peligro. ¿De dónde habría de sacar el Estado el ingenio, el dinero y la actividad necesarios para sustituir á la inteligencia, á la industria, á la vigilancia y á la economía de todos los ciudadanos? ¿Será necesario recordar que lo posible es el límite de las atribuciones, que es la medida de nuestros deberes?

Exigir del Estado que asista á los pobres en proporción á sus necesidades sería imponerle una obligación para cuyo cumplimiento no bastarían las riquezas del mundo entero. No basta incluir gastos en el presupuesto anual, hay que tener la seguridad de que serán pagados. Nada habría más fácil que hacer votar por las Cámaras las cantidades necesarias para dar á cada necesitado una vivienda cómoda y sana, vestidos para el invierno y para el verano, carne para todas las comidas, muebles elegantes, etc. La dificultad empezaría el día de la distribución.

Hemos aumentado un tanto la extensión de las pretensiones formuladas por los socialistas; pero al abultarlas hemos puesto más de relieve su absurdo. En el fondo lo que suponemos es consecuencia de su teoría: tan pronto como el Estado, ó el Gobierno que lo representa, hubiera entrado en la vía que se señala, el número de pobres que pidieran ser socorridos aumentaría sin cesar, y sus exigencias acerca de la cantidad y de la calidad de lo que reclamaran no tendrían límites. Lo menos que pudiera hacerse por ellos, á fin de no humillarlos y pagar de buena fe la deuda contraída, sería alimentarlos, vestirlos y alojarlos, de modo que su condición fuese igual á la de los trabajadores pertenecientes á la misma clase.

El Estado no tan sólo se halla obligado á arreglar sus liberalidades á la extensión de sus recursos, sino que debe considerar, que si por una parte practica la caridad,



tiene que hacerlo con el dinero de los contribuyentes. El particular que da limosna con sus propios recursos tiene derecho á ser generoso; otra cosa sucede con el legislador que no da á los pobres sino á costa del público. Dando limosna con el dinero de los ciudadanos, tiene obligación de hacerlo con la mayor sensatez y economía.

Ese deber es tanto más riguroso cuanto que las cantidades de que dispone no las aportáis solamente los ricos, sino también aquellos cuyos recursos apenas bastan para las necesidades cotidianas. No hay industria ni oficio que no pague contribución, y por lo tanto, el que perciba la limosna legal es gravoso de ese modo á otros individuos, á veces tan pobres como él.

¿Querrá esto decir que el Estado no haya de auxiliar nunca á los necesitados? ¿Se extralimitará siempre en sus atribuciones cuando señale fondos para recoger niños abandonados, ó viejos y enfermos sin amparo? No es esta nuestra opinión; pensamos que existe medio de conciliar la buena administración de los fondos públicos con los preceptos de la caridad cristiana, y que los gastos de esta clase, prudentemente acordados, no pueden ser objeto de censura, porque obedecen á una imperiosa necesidad. Los contribuyentes aplaudirán seguramente tan buena aplicación del dinero que se les exige. Esas liberalidades son la manifestación nacional de los sentimientos de que debe hallarse inspirado un pueblo, el testimonio de la influencia que debe ejercer el cristianismo en la legislación del país. Una vez, pues, que el Gobierno se haya enterado bien de las cantidades de que puede disponer, y luego que una reflexión detenida le haya demostrado la equidad de las peticiones de los solicitantes, obrará como buen administrador supliendo la insuficiencia de la beneficencia privada.

Existe, en efecto, multitud de miserias que sólo el Estado puede aliviar eficazmente. Él sólo posee fondos



bastantes para construir ciertos hospicios, para reunir las celebridades médicas, y para llevar á efecto un servicio económico y completo. Además, nada pierde el público con estos sacrificios, porque en esos vastos recintos del sufrimiento es donde se forman los médicos y cirujanos célebres y donde se instruyen los discípulos que luego han de ejercer su profesión en las distintas provincias. Allí que la caridad recibe su recompensa hasta bajo el punto de vista humano, y las cantidades destinadas á estas obras benéficas, por un sentimiento de compasión, aprovechan en último resultado á los que las han suministrado.

Resumiendo, consignamos que los pobres no tienen un derecho absoluto á ser asistidos; pues no tienen respecto á esto ningún crédito contra los particulares ni contra el Estado. Los donativos que reciben son todos gratuitos, y por consiguiente no pueden exigirse en ningún caso en nombre de la ley. El que rehusara dar limosna, aun cuando infringiese en algún caso los preceptos de la caridad, nunca podría ser demandado por ello ante los Tribunales civiles.

Pero lo que no prescribe la justicia puede la caridad mandarlo. El título no es el mismo ciertamente, pero no carece de valor. En vez de dirigir una queja ante los Tribunales, el indigente se dirigirá á la conciencia del rico, á su simpatía, á su religión. La caridad vendrá de ese modo á suavizar los rigores del derecho; no elevará su voz contra la propiedad, pero enseñará á hacer buen uso de la riqueza. No permitirá la envidia del pobre contra el rico, mas pedirá á éste una parte de sus bienes para el huérfano y el anciano, en nombre de la fraternidad cristiana. El mismo Dios, que manda respetar la fortuna del prójimo, también impone la obligación de socorrer al indigente. La justicia y la caridad, aun cuando diferentes por el carácter de las



obligaciones de que son fundamento, son igualmente inviolables. De su transgresión surgirían disturbios y la miseria general, mientras que su armonía producirá ventajas para todos.

No hay que hacerse la ilusión de que un derecho riguroso á la asistencia fuese más favorable á los pobres. Si algún día llegase á ser proclamado, paralizaría el movimiento del trabajo y de los negocios. El artesano y el negociante, expuestos á verse expropiados por una nube de holgazanes, cuyo número aumentaría sin cesar, dejarían de producir y de comerciar. No hallándose ya la propiedad garantizada contra las exigencias de los vagos y de los disipadores, no serviría de estímulo á la actividad de los hombres inteligentes é inventivos. Los indigentes, en vez de estar mejor atendidos, verían aumentar sus filas, y ya no encontrarían para ser socorridos, ni los productos de su propio trabajo, ni las rentas de los demás. Ya no habría ricos; y sin embargo, éstos son necesarios lo mismo que los hombres vigorosos, que las inteligencias superiores, que los individuos de gran valor. Los bienes depositados entre sus manos pasan gradualmente á las de los obreros, de los abastecedores y de los necesitados. Sucede con ellos lo mismo que con esos manantiales que salen en algunas partes y que no se pierden para los vecinos, porque recogen sus aguas en un depósito. De ese modo se las dirige con más inteligencia; en vez de que se evaporen, quedando aisladas y sin ventaja para la agricultura, reciben un destino útil: el depósito, una vez lleno, las deja rebosar por los terrenos áridos y contribuye de ese modo á desarrollar su fecundidad.

Todas estas consideraciones que nos ha parecido conveniente exponer para hacer resaltar lo necesario de la caridad, vienen á parar á esta consecuencia: la mendicidad.



El tema á que venimos ajustando este trabajo habla de la mendicidad voluntaria y de la vagancia, y bajo la palabra mendicidad se comprende no sólo estas clases de mendicidad que son las censurables, sino también la que nace de la verdadera necesidad y que es preciso distinguir de aquéllas; por eso creemos obrar prudentemente estableciendo desde luego una separación, dividiendo la mendicidad en dos clases, á saber: la mendicidad necesaria y la mendicidad voluntaria.

Definamos primero lo que es mendicidad. — Por ella entendemos el llamamiento que hace el pobre á la caridad de sus semejantes. El indigente que á ella recurre no se limita á recibir los dones que se le remiten espontáneamente, sino que va á solicitarlos, sea á domicilio, sea en la misma vía pública. No recurre exclusivamente á las personas que pudieran tener noticia de su miseria, sino que llama á la puerta de aquellos cuya compasión espera mover.

Partiendo de esta definición, entenderemos por mendicidad necesaria aquella que nace en un momento dado de la falta absoluta de recursos y de alimento para un individuo ó para su familia. Ésta, digámoslo así, es consecuencia del instinto de conservación.

La mendicidad voluntaria, que es la que preocupa á los publicistas, es aquella que pudiera desaparecer á poco que el mendigo hiciera algún esfuerzo para buscar una ocupación que le proporcionase medios de vivir. Las más de las veces llega á constituir una profesión, y á los que á ella se dedican puede considerárselos incluídos en la clase de que tan repetida mención hemos hecho al tratar del pauperismo. El pobre que ha pasado por la vergüenza de vivir del producto de las limosnas, raras veces tiene valor bastante para volver al trabajo con ahinco y esfuerzo. Toda sujeción le es



insuportable, y el único oficio á que se sujeta es al de mendigo.

Esta mendicidad, además, se halla relacionada con la vagancia, y trataremos ambas cosas á un tiempo ya que no ha podido hasta ahora separarlas el legislador. Cuanto hemos dicho respecto al pauperismo puede y debe aplicarse á la vagancia y á la mendicidad voluntaria, y la solución de estas cuestiones en el terreno del derecho es de lo más difícil que pueda idearse.

Como nada hay más legítimo que recurrir á la caridad del prójimo cuando se carece de lo indispensable, la opinión pública estima que es cruel castigar á los que la solicitan. Hasta se cree encontrar cierto desacuerdo entre la ley del Evangelio que prescribe la limosna y las leyes civiles que prohibieran provocarla. — La objeción es seria y merece estudiarse.

Si la libertad individual autoriza al hombre á buscar sus medios de vivir, sin que haya derecho para intervenir en ello de otro modo que para evitar perjuicio de tercero, no puede negarse que tenga el necesitado derecho á pedir limosna, y que mientras no constituya este hecho una molestia para los demás ciudadanos que también deben gozar de su libertad, no existe motivo para impedir que recurra á ese medio. No hay duda que la dignidad moral del mendigo padecerá y que ese estado de vagancia le preparará acaso para llevar una vida desordenada y entrar en una senda de delitos y hasta de crímenes; pero no es la misión del Estado señalar á cada uno el medio que ha de utilizar para proveer á su subsistencia. El hombre libre tiene derecho absoluto á vivir á su gusto, siempre, repetimos, que con ello no infiera perjuicio ni molestia á los demás hombres. Como la limosna no es obligatoria, el solo hecho de solicitarla no constituye un perjuicio para el requerido, que puede negarse á conceder el socorro.



Pero lo que hay que evitar, lo que á todo trance debe perseguirse es que el mendigo se valga de su profesión para engañar con fingidas enfermedades á los que le hayan de socorrer, y que emplee para la mendicidad medios condenados por la moral y previstos en el Código. El hombre libre, hemos dicho, puede pedir limosna, porque aquel á quien se dirige está en el perfecto derecho de negarle el socorro que solicita, y por consiguiente el abuso que cometa prefiriendo un modo de vivir tan azaroso á otro más estable y digno, encuentra su correctivo en la probabilidad que tiene de que nadie le dé; pero lo que no debe tolerarse por la autoridad es que, á pretexto de pedir limosna, ejerza actos de coacción con otros seres colocados bajo su dependencia. No puede admitirse que para excitar la compasión se mutilen, por seres sin instinto alguno humanitario, á desgraciados niños á quienes se envía á pedir limosna amenazándoles con castigos horribles cuando no traigan la cantidad que se les haya prefijado.

Tampoco es admisible que esos mismos niños sean llevados á la calle por sus padres ó amos para inspirar la compasión con el espectáculo de su desnudez y de su miseria. Las enfermedades repugnantes, las heridas, la ceguera, que se explotan asimismo, no deben tampoco consentirse por la autoridad como medio de promover la compasión.

Hemos dicho ya que el Estado puede y debe instituir asilos para socorrer á los desvalidos y á los enfermos, y á esos asilos debe enviar á cuantos pobres andan por las calles inspirando la compasión con el espectáculo de sus enfermedades. Los ciegos que tanto abundan en nuestro país deben tener sus asilos, pues al hallarse privados de la vista se encuentran en un estado de inferioridad que les hace inútiles para el trabajo. Lo mismo sucede con los inválidos del trabajo, á



los cuales es justo que se les reserve un sitio donde alojarse y se les proporcione el alimento, lo mismo que se hace con los inválidos de la guerra.

Una vez que estos asilos ú hospicios se hayan creado, cuando el pobre que no halle medios de trabajar tenga albergue y asistencia, entonces tendrá necesariamente la mendicidad que quedar reducida á los vagos y holgazanes, y convencido entonces el público de que así sucede, no moverán su compasión como hoy saben hacerlo los que especulan con la caridad pública; y la limosna que dé el rico tendrá seguramente aplicación á verdaderas necesidades, puesto que la reservará ya para los establecimientos de beneficencia de que hemos hablado, ya para socorrer directamente una miseria oculta que conozca personalmente y que desee aliviar.

Lo que pretendemos insinuar es que la mendicidad legítima, la que reconoce causas que pueden declararse; en una palabra, la que hemos designado con el nombre de mendicidad necesaria, esa puede en la mayoría de los casos ser aliviada y no es la que ha de preocupar mayormente nuestra atención; el que pide limosna porque se encuentra momentáneamente sin recursos y desea verdaderamente salir de esa situación, busca con ahinco trabajo, pone en juego todos sus recursos y concluye por encontrar con su trabajo el pedazo de pan que necesita.

No sucede así con la mendicidad que se convierte en profesión y á la cual creemos es necesario aislar para destruirla, sin necesidad de emplear para ello medida alguna de rigor, puesto que hemos sentado como principio que el derecho que tiene todo hombre á pedir limosna á otro hombre es un efecto de la libertad y no puede contrariarse con medidas represivas.

Que los verdaderos pobres se encuentren socorridos,



y entonces ya los mendigos podrán ser calificados como merezcan y no inspirarán los que se dediquen á esa profesión la compasión sobre que especulan. Faltándoles esa base, dejará el oficio de ser remuneratorio y entonces lo abandonarán gran número de los que lo profesan.

Conocemos los desastrosos efectos de la mendicidad y sabemos que además de rebajar la condición moral del indigente perjudica los intereses económicos del país.

El mendigo quita á sus semejantes una cantidad proporcionada á sus fuerzas y á la duración de su vida. Al permanecer en la holganza, no sólo no cumple con el deber impuesto al hombre de ganarse el pan con el sudor de su rostro, sino que toma, sobre las riquezas creadas por los demás, una participación á la cual no tiene derecho alguno. Supongamos que el número de los mendigos válidos ascienda en España al 1 por 100 de la población; siendo ésta de 17 millones de habitantes resultará el número de mendigos igual á 170.000, y calculándose el jornal en un precio medio de 2 pesetas, tendremos que la pérdida cuotidiana se elevará á 340.000 pesetas. Añádase á esto por término medio otra peseta que recoja en limosnas cada mendigo, la cual se sacará del trabajo de los demás; el resultado final será que los mendigos, en la hipótesis anterior, que nada tiene de exagerada, cuestan diariamente 170.000 pesetas y dejan de producir 340.000, lo cual representa una pérdida de riqueza de 510.000 pesetas diarias, ó sean al año 186 millones de pesetas. Además la mendicidad, cuyo efecto debiera ser proporcionar un alivio á la miseria, agota, por el contrario, los recursos de la caridad y causa perjuicio á los indigentes que tienen necesidades verdaderas.

Si los fondos de que dispone la Beneficencia fuesen



ilimitados, las limosnas dadas á los mendigos válidos no causarían perjuicio á los verdaderos necesitados. Desgraciadamente no sucede así. Los bienes que proporciona el trabajo y los que proceden de herencias no son inagotables. Los donativos concedidos á un solicitante disminuyen necesariamente la parte dada á otro. Cada persona dedica á sus obras de caridad cierta cantidad de que no puede pasar, y de esto resulta que los pobres dignos de ser socorridos se hallan privados de los donativos que obtienen los mendigos voluntarios.

Por otra parte, las personas mejor dispuestas á la beneficencia concluyen por cansarse y por rehusar la limosna á todos sin distinción, temiendo ser engañadas por mendigos que no merecen compasión alguna; porque la mala conducta de éstos no queda tan secreta que no se trasluzca por algún indicio. Se cuentan sus engaños, sus llagas postizas, su vida desordenada; se sabe que algunos han recogido pequeños tesoros y que otros llevan una vida alegre y disoluta. Entonces, como sucede siempre en casos semejantes, se opera una reacción en sentido contrario: en vez de prodigar la limosna, se rehusa á todos los que la solicitan, por faltar la confianza en todos ellos. Una dureza excesiva sucede á una conmiseración extremada, y porque hay sufrimientos simulados, se deja de creer en las verdaderas desgracias y de consolarlas con ternura y compasión.

Como hemos apuntado ya anteriormente, la mendicidad ha sido objeto, en distintas épocas, de medidas represivas, y también hemos consignado que éstas no han producido el efecto apetecido.

Algunos han preguntado por qué habiéndose declarado legítimas las penas impuestas á los mendigos, se ha hecho una excepción á favor de los religiosos que viven de limosnas. No es difícil explicar el motivo de esta diferencia. — En primer término los religiosos que



piden limosna no engañan al público. Cuando se dirigen á la caridad de sus correligionarios, éstos saben perfectamente la situación en que se hallan, y por lo tanto dan con entero conocimiento de causa; su buena fe no se halla sorprendida por ningún engaño, y, por lo mismo, aquí es donde tiene verdadera aplicación este principio: *scienti et volenti non fit injuria*.

En nuestra época, con la actual constitución de la propiedad y el movimiento industrial, y sobre todo bajo el imperio de las modernas ideas, no es probable que tomen incremento las Órdenes mendicantes. Pero si hoy la mayoría de las causas que las habían multiplicado han desaparecido, no por eso debe creerse que dejasen de tener en su época gran utilidad, y que los dones de que se mantenían fuesen enteramente gratuitos. Lo que hoy se considera como limosna era, en resumen, una legítima retribución.

Las Órdenes mendicantes prestaban servicios á las poblaciones donde radicaban, dedicándose á la enseñanza y á trabajos de inteligencia, además de llenar su ministerio sacerdotal: tenían, pues, derecho, lo mismo que los demás trabajadores, á percibir una retribución. Que el pago se realizase en una forma ó en otra, poco importa para el examen de esta cuestión, debiendo sólo quedar consignado que, al elegir el medio de la limosna, dejaban enteramente libre á sus donantes la fijación del importe de sus donativos.

He aquí los términos en que Bergier aprecia sus servicios y su modo de vivir:

“Durante el siglo XII principiaron las Órdenes mendicantes. Por aquel tiempo se hallaba Europa infestada de diferentes sectas de herejes que, bajo las apariencias de la pobreza, de la mortificación, de la humildad, del desprendimiento de los bienes terrenales, seducían á los pueblos é introducían sus errores. Tales eran los



catarros, los vandeses ó pobres de Lyon, los poplicanos y otros. Varios santos varones, que querían preservar de ese peligro á los fieles, sintieron la necesidad de oponer virtudes reales á la hipocresía de los sectarios, y á hacer por religión lo que estos últimos hacían con el objeto de engañar á los ignorantes. Cualquiera predicador que no hubiese parecido tan mortificado como los herejes no hubiera seguramente sido escuchado; era, pues, necesario escoger hombres que uniesen á un celo verdadero la pobreza que Jesucristo había recomendado á sus Apóstoles. Varios se comprometieron á ello mediante votos y encontraron imitadores. Mosheim, aunque protestante y muy prevenido contra los monjes y sobre todo contra los mendicantes, conviene, no obstante, que tal fué el origen de las Órdenes mendicantes., (*Historia Eclesiástica*, sección XIII, 2.<sup>a</sup> parte, cap. II, § 21.) Ese propósito no podía dejar de ser alabado; y debe guardarse gratitud á aquellos que tuvieron el valor de ejecutarlo; y aun cuando el éxito no hubiese respondido exactamente á las miras de los fundadores y de los Papas que las aprobaron, no habría razón para hacerles de ello responsables ni para censurarlos.....

Lejos de haber procurado hacerse inútiles al mundo los fundadores de las Órdenes mendicantes, han tenido el propósito de consagrarse á la instrucción de los fieles y á la conversión de los que habían caído en el error.

Ellos, lo mismo que sus discípulos, han trabajado en esa obra con el mayor celo y con grandes resultados. Entonces el clero regular se hallaba muy corrompido; había que llenar el vacío de sus trabajos con los de los religiosos mendicantes, y de ahí el crédito y la consideración que éstos adquirieron.

Mosheim también conviene en eso..... No hay además



ninguna Orden mendicante que no haya dado sabios que honren á la Iglesia, tanto con sus trabajos literarios como con sus virtudes.

Las principales Órdenes mendicantes eran la de los Carmelitas, la de los Dominicos, la de los Franciscanos, la de los Agustinos, la de los Capuchinos, la de los Recoletos y la de los Mínimos.

Ese sistema de retribución que no imponía á nadie ninguna cuota obligatoria, que á todos permitía recurrir al ministerio de los religiosos sin verse precisados á pagarles honorarios, tenía la inmensa ventaja de aliviar á los pobres y de que llevasen la carga los ricos. Dando cada uno con arreglo á su voluntad, limitaba sus liberalidades á sus recursos, y así los fieles poco acomodados no daban más que el óbolo, mientras que los ricos podían multiplicar sus larguezas.

De ese modo los primeros, sin verse agobiados, tenían no obstante la satisfacción de contribuir, siempre que querían, al sostenimiento de sus maestros en la fe y de los preceptores encargados de educar á sus hijos; los segundos se hacían útiles á la religión y á los obreros proveviendo á la subsistencia de los monjes, cuyos trabajos tenían por principal objeto la enseñanza y el cuidado de las clases pobres y menesterosas.

Que en esto haya habido abusos, no lo ponemos en duda, porque de todo se ha abusado en este mundo; pero aquí no venimos á hacer la apología de estas Órdenes, sino que tan sólo tratamos de explicar cómo ha podido aprobarse fundadamente su existencia, al mismo tiempo que se perseguía la mendicidad y la vagancia. Esto, por otro lado, no viene más que á confirmar la opinión, ya emitida por nosotros, de que los individuos que sin causar perjuicio al prójimo creen preferible mendigar á buscar otro medio de subsistencia, no merecen por ello la sanción de la ley.



La ley, lo repetimos, aun á riesgo de ser molestos, no puede penar más que el delito. Si el hecho de solicitar del prójimo el auxilio no es criminoso, no puede estar sometido á la sanción penal.

Lo mismo que decimos de la mendicidad debe aplicarse á la vagancia, y cuantas medidas represivas se han dictado para extirpar ambos males no han producido el resultado apetecido.

La ley de vagos que ocupaba el título vi del Código penal de 30 de Junio de 1850, apartándose de ese principio, quiso considerar como delito la vagancia y cayó en el error de imponer penas al vago por el hecho de hallarse comprendido bajo esa denominación.

“Son vagos (dice el art. 258 de dicho Código) los que no poseen bienes ó rentas, ni ejercen habitualmente profesión, arte ú oficio, ni tienen empleo, destino, industria, ocupación lícita, ó algún otro medio legítimo y conocido de subsistencia, aun cuando sean casados y con domicilio fijo. „

Por manera que, con arreglo á esta definición, era delito el no tener profesión, bienes, ni rentas, y los castigos que merecía esta infracción, según el art. 259, eran las penas de arresto mayor á prisión correccional en su grado mínimo, y de sujeción á la vigilancia de la autoridad por el tiempo de un año, elevándose la pena á prisión correccional y dos años de vigilancia en caso de reincidencia.

El legislador que esto dispuso no estaba muy penetrado de la justicia de su disposición, porque al mismo tiempo que esto preceptuaba, disponía en el art. 262 que en cualquier tiempo que el vago á quien se hubiesen impuesto las penas de arresto y sujeción á la vigilancia diera fianza de aplicación y buena conducta, sería relevado del cumplimiento de su condena.

Al leer esto cualquiera pensará que la fianza de



buena conducta habrá de consistir en una garantía moral producida por la buena conducta del vago; pero pronto se desengañará leyendo á continuación que la fianza consistirá en la cantidad que fijen los Tribunales en la sentencia, no bajando de 50 duros ni excediendo de 250. Es decir, que con arreglo á esto, el vago podía serlo si tenía quien prestase por él fianza de 50 duros, y si no, se hallaba sometido á la pena de arresto mayor á prisión correccional en su grado mínimo.

Basta presentar esta disposición para que se conozca lo ineficaz que ha debido ser en la práctica y lo acertado que ha estado el nuevo Código al modificar por completo la legislación referente á la vagancia y á la mendicidad.

Hoy, con arreglo al art. 23 del Código penal vigente, la vagancia no se considera como delito, puesto que no se le aplica pena inmediata. Sólo se considera ésta como circunstancia agravante, en caso de que concurra en la comisión de otro delito.

Esta es hoy la última palabra de la ley en cuanto á la vagancia, y respecto á la mendicidad que procuró también reprimir el Código penal de 1850, hoy ha desaparecido hasta su designación en la legislación penal vigente.

No creemos que el problema haya quedado resuelto; pero pensamos que puede llegarse á disminuir la mendicidad dejándola, como hemos indicado, reducida á la voluntaria. Si las palabras *vago* y *mendigo* pudieran llegar á ser sinónimas, entonces la caridad sabría el caso que habría de hacer de los que solicitasen su limosna en la vía pública, y daría sus socorros á los verdaderos necesitados. La cuestión, pues, debe reducirse á hacer la debida separación entre los mendigos necesarios y los voluntarios. A los primeros, los asilos, los socorros,



el amparo; á los segundos, el desprecio y la censura de la opinión, que pronto hará justicia de ellos no concediéndoles sus auxilios ni abrigando para ellos sentimiento alguno de compasión.

La autoridad, sin salirse de su misión, puede intentar llegar á este resultado por medio de disposiciones y reglamentos prudentemente meditados.

Prohíbase á los mendigos reunirse en bandas para pedir; dispóngase que no puedan molestar á los transeúntes, limitándose á demostrar su necesidad con una actitud convenida, por ejemplo, la de tender la mano en sitios ó puestos prefijados; ejérzase la mayor vigilancia para evitar que vaguen por las calles y caminos pidiendo limosna niños menores, ó individuos que hagan ostentación de llagas y enfermedades para excitar la compasión, pues ya hemos dicho que esos deben ser recogidos en hospicios y hospitales; créense establecimientos benéficos donde encuentren amparo los verdaderos inválidos del trabajo; prohíbase que los mendigos hagan por las calles ninguna manifestación que pueda dar lugar á molestias para los demás transeúntes, como sus cantos, toque de instrumentos, juegos ú otros medios de llamar la atención, y vigílese á todos los que se dediquen á pedir limosna para evitar que, bajo este pretexto, cometan robos ó delitos de otra clase. De esa manera creemos que se podrá limitar la mendicidad voluntaria, reduciendo á su vez la vagancia, que es su compañera inseparable. La cuestión, como se ve, es más de policía que de derecho, y al aceptar la solución que indicamos, creemos haber llenado el objeto del tema que nos propusimos desarrollar en esta Memoria.

Madrid 29 de Septiembre de 1888.

---



































MCD 2019